

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 20 DE MAYO DE 1901

NÚM. 1.012

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA HORCHATERÍA, cuadro de J. Pinós Comes (Salón Parés)





Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Pensamientos*. — *El amor y la gloria*. Cuentos provincianos, por Cristóbal de Castro. — *Las pinturas continentales de la Exposición Universal de París*, por R. — *Indios de ida y vuelta*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *El fantasma*, novela (continuación). — *Bronces artísticos de Alberto Reimann*, por J. Peroche. — Libro enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *En la horchatera*, cuadro de J. Pinós Comes. — *Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado El amor y la gloria*. Cuentos provincianos. — *Exposición Universal de París. Una tertulia*, cuadro de Viggo Johansen. — *Una conferencia religiosa*, cuadro de Mme. Soldan. — *Familia de obreros*, cuadro de Adolfo Fenyès. — *Pescadoras de regreso de la iglesia*, cuadro de Carlos Wilhelmson. — *Pastora*, cuadro de Max Liebermann. — *La inteligente*. — *El crítico de Bellas Artes*, cuadros de Gabriel Max. — *Después de la función*, cuadro de Miralles Darmanin. — *Disputándose la presa*, cuadro de W. Kuhnert. — *Rosita*, cuadro de Félix Mestres. — *La domadora*, grupo escultórico de Agapito Vallmitjana Abarca. — *Estudio*, cuadro de J. Pinós Comes. — *Tocadora de laúd*. — *Lámparas de bronce*, obras de A. Reimann. — *Misa en el campo en Rusia*, cuadro de Gregorio Miasojedof.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Puerto Rico. — Emigración forzosa. — Portorriqueños al Pacífico. — Las islas Hauaii. — Los Congresos científicos latino-americanos. — La Exposición panamericana. — Bolivia. — La región de la goma. — La República del Acre.

De mal en peor van las cosas en Puerto Rico. Hace dos meses, en nuestra *Revista* de marzo, nos atrevimos más que a consignar una impresión, nos dolfá tener que admitir que un pueblo civilizado adoptaba el procedimiento del exterminio por el hambre como medio de explotar un país habitado por gentes cultas y pacíficas y que, no ya de buen grado, sino con entusiasmo, habían aceptado su dominación.

Por desgracia, ya no ha lugar á duda; la prensa hispano-americana y las correspondencias directas de la isla confirman la miseria que reina en ella y la humillación en que viven sus habitantes, y los mismos periódicos norteamericanos, como el *Evening Journal*, revelan el fin inmediato que persiguen los yanquis y protestan indignados contra la brutalidad de los nuevos señores de Puerto Rico.

Ha decaído la agricultura de tal modo, que faltan los medios de subsistencia, y acosados por el hambre, huyen á millares los portorriqueños de su tierra querida. Los menos, los que aún conservan algunos centenares de pesos para pagar el pasaje, emigran por cuenta propia á otros países de lengua española; los más, por no perecer de inanición, aceptan duras contratas para trabajar en remotos lugares; desde aquellos campos y vegas del interior, antes tan poblados y tan ricos, hombres, mujeres y niños, sufriendo las burlas y los culatazos de la soldadesca, se dejan arrastrar hasta los puertos, donde los embarcan, para conducirlos lejos, muy lejos, á islas situadas en pleno Océano Pacífico, al archipiélago de Hauaii, en el que son menester braceros para que no se arruinen los plantadores, porque desde que los Estados Unidos establecieron en él su influencia y protectorado, ahora convertido en soberanía, se impidió la entrada de chinos y japoneses, faltó la mano de obra y sobrevinieron las perturbaciones y crisis económicas.

Hacinados en las cubiertas ó en las bodegas de los barcos, sometidos á trato igual ó peor que el que recibían de los negreros los antiguos cargamentos de ébano, van los portorriqueños á repoblar y cultivar aquellas tierras calcinadas y volcánicas, que á veces tiemblan y vacilan, como si les faltara base, donde hay cráteres de 15 kilómetros de circunferencia, lagos de ardiente lava y valles que se abren para lanzar columnas de cálido cieno y enormes piedras incandescentes. La transición es grande; otro suelo, otros horizontes, otro Océano, aislamiento casi completo, pues centenares de leguas separarán á esos desgraciados de los continentes más próximos, América y Asia. Muertos en vida, de su suerte apenas tendremos ya noticia.

Entretanto, Puerto Rico irá perdiendo su actual población, sus tierras abandonadas y yermas podrán

distribuirse, cual nuevas *sortes barbaricæ*, entre los conquistadores, y acaso — como escribe *El Herald Español* de Caracas — «pasados diez años, ó menos, no quedará en la desventurada isla un solo elemento latino»

* *

En cambio, la raza hispánica, el elemento latino peninsular — español y portugués — tiende á reforzarse en el continente americano, y la decadencia de aquél en las Antillas se compensa ventajosamente con la aspiración á establecer mayor intimidad y relaciones más frecuentes entre todos los pueblos de la América central y meridional. La unión mediante comunidad de ideas é intereses es siempre causa y garantía de fuerza, y se procura llegar á esa unión congregando en magnas asambleas, en nombre de la ciencia, á los representantes de los Estados Unidos del Brasil y de los pueblos hispano-americanos.

Por iniciativa de la Sociedad Científica Argentina se reunió en 1898, en Buenos Aires, el primer Congreso científico latino-americano. Los cuatro tomos de Actas de ese Congreso, ya publicados, demuestran la valiosa participación que en el desarrollo de la cultura intelectual toman los americanos de origen peninsular. En las secciones de Ciencias exactas é Ingeniería, de Ciencias físico-químicas y naturales y de Ciencias médicas se estudiaron y discutieron temas de capital importancia para el progreso moral y material de las Repúblicas allí representadas, mereciendo especialísima mención los excelentes trabajos relativos á los medios de establecer comunicaciones fáciles y permanentes entre todas aquéllas.

Ahora ha terminado sus tareas el segundo Congreso que el 20 de marzo último se inauguró en Montevideo con solemne sesión, en la que uno de los delegados, el de Méjico, Sr. Pimentel, declaró que los hispano-americanos del Norte hacen causa común con sus hermanos del Sur, y dedicó elocuente y cariñoso saludo á la madre patria, á «esa España tan desdichada en la actualidad como próspera y afortunada fué en otro tiempo, tan agotada hoy como fuerte en siglos anteriores, pero tan noble, tan valiente, tan digna hoy como siempre.»

Una de las resoluciones adoptadas en este Congreso ha sido la recomendación del arbitraje obligatorio entre los Estados hispano-americanos. Chile, sin embargo, reservó su voto, adoptando la misma actitud que había tomado el año anterior, en el Congreso de Madrid.

El tercer Congreso se reunirá en 1905 en Río de Janeiro.

* *

En los Estados Unidos del Norte, en Búfalo, se ha organizado una Exposición Internacional del continente americano. Es la primera exposición que se celebra limitada á los países del hemisferio occidental; Europa y las demás partes del antiguo mundo quedan excluidas de ella.

La América española ha respondido á la invitación de los directores del gran certamen panamericano, y algunos de sus Estados han hecho construir edificios particulares para exponer los productos del respectivo país.

Hasta ahora sabemos que Chile destina 170.000 pesos oro para concurrir á esta Exposición, parte de los cuales se han invertido en un edificio de acero y cristal, desmontable, con objeto de llevarse cuando aquélla termine; Costa Rica hace instalaciones de botánica, selvicultura, minas, arqueología y etnología; la República Argentina ha expedido productos de toda clase, especialmente de las industrias agrícola y pecuaria, y hay motivo para suponer que la exposición de lanas argentinas será magnífica; los Estados Unidos del Brasil se proponían instalar al aire libre un modelo de plantación para dar idea de la importancia que tienen en aquel país los cultivos de café, caucho y otros productos, y también Bolivia ha pedido emplazamientos en las secciones de etnología, arqueología, minas y agricultura. Dado el desarrollo que en esta última República alcanzan ahora las explotaciones de los árboles gomeros, seguramente abundarán en la exposición boliviana los cauchos y todas las resinas que producen goma elástica.

* *

Manuel V. Ballivian, el ilustre director de la oficina de inmigración, estadística y propaganda geográfica de Bolivia, en su informe anual publicado en este año, al señalar las zonas particularmente propicias para las instalaciones de núcleos ó bases de colonias agrícolas y pecuarias, se fija, entre otras, en

la región que denomina de la goma elástica, situada al Norte del río Madre de Dios y al occidente del Beni.

Allí, en las delegaciones del Madre de Dios y del Purús, en aquel país de exuberante y variadísima vegetación, donde el hombre encuentra todo cuanto puede necesitar para su sustento y demás exigencias de la vida, crece la *Siphonia elastica* con abundancia y lozanía, y los industriales dedicados á extraer la siringa y el caucho pueblan las orillas de los ríos con barracas ó establecimientos de día en día más numerosos.

Sabido es cuánta importancia tienen en la actualidad esos productos por sus múltiples aplicaciones á la industria moderna. Aumentando en considerable proporción la demanda de ellos, hubo que aumentar también el personal de *picadores*, como en el país dicen, esto es, de braceros dedicados á la incisión, corte ó *pica* del árbol para recoger el jugo, y se apeló al reclutamiento, mejor dicho, á la caza y venta de indios araanos. La delegación nacional suprimió este tráfico, y ha sido preciso importar obreros, japoneses en unas partes, negros traídos de Panamá y Jamaica en otras.

Se multiplican, pues, los establecimientos en la región del Beni y del Purús, acuden de otros territorios de América y aun de Europa gentes codiciosas ávidas de hacer fortuna mediante la extracción y venta de las gomas, y han llegado así á crearse núcleos de población heterogénea y aventurera que, como viven en las tierras extremas de la República, en su confín septentrional y en las comarcas á que corresponden la frontera brasileña y los límites vagos, nunca bien definidos, entre el Perú y Bolivia, y adonde difícilmente alcanza de modo eficaz y constante la acción del gobierno, se consideran de hecho como independientes, y en el pasado año de 1900 pretendieron los de la zona Noroeste serlo de derecho, constituyendo un nuevo Estado, la llamada República del Acre.

Es el Acre ó Aquiri un río del Norte de Bolivia que se une al Purús, afluente del Amazonas, en territorio del Brasil; navegable á vapor de diciembre á junio, y en cuyas orillas hay muchos centros ó barracas de picadores. Un tal Norberto Gentil, brasileño, que se titulaba ingeniero, fué aclamado como jefe ó presidente del nuevo Estado, y cuando cayó en poder de las tropas de Bolivia, le sustituyó el coronel Rodrigo de Carbalho.

Los brasileños de Manaós y Pará auxiliaban á los acrenses. El Acre y el Purús abren fácil comunicación por vía fluvial con el Amazonas, y aquéllos, deseando monopolizar el comercio de las gomas, aspiraban á que el gobierno federal se apropiase un país que tan gran porvenir ofrece. Lo cierto es que los brasileños hacían cuanto les era posible para alentar y favorecer á los del Acre, quienes en diciembre de 1900 llegaron á disponer de una flotilla para los ríos, compuesta de un crucero, dos avisos y un transporte, de dos cañones revólvers, cinco de tiro rápido y cinco ametralladoras, y de unos 3 500 hombres habituados á manejar el rifle y el cuchillo.

La situación era grave. Enemigo fuerte y audaz y peligro de complicación internacional. Bolivia resolvió obrar con energía y rapidez y no omitir sacrificio ninguno para asegurar su soberanía en el Acre. Declaró el estado de guerra en los territorios del alto y bajo Beni, Madre de Dios, Ortón, Acre y Purús, envió cuantas tropas pudo reunir, y no sin algún contratiempo consiguió imponerse.

Según las últimas noticias, el coronel Carbalho se declara vencido, renunciando á la lucha. Pero el conflicto no se puede dar por terminado; los acrenses protestan contra el que fué su general y jefe, y confían siempre en el apoyo de los brasileños. El territorio del Acre aún no está bolivianizado.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

PENSAMIENTOS

Para el pueblo hay guerras de pasiones y de ideas; para el hombre de Estado no hay más que guerras de intereses.

El mal que la inteligencia se complace en decir de las mujeres, es el desquite del bien que el corazón se obstina en esperar de ellas.

G. M. VALTOUR.

El arte debe ser un órgano moral de la vida humana.

TOLSTOI.

El objeto de la educación femenina no ha de consistir en transformar á la mujer en un diccionario.

J. RUSKIN.

El mar es la única belleza, la única fuerza natural que el hombre no ha podido deshonrar ni disminuir.

OCTAVIO UZANNE.



CUENTOS PROVINCIANOS

I

Al amanecer de la víspera del Corpus, los granadinos madrugadores se hallaron en las esquinas, á la puerta de los cafés, en los recién abiertos escaparates de las tiendas, en todas partes, unos grandes carteles azules en los que se leía:

TEATRO PRINCIPAL

¡ÉXITO INDECIBLE!

DEBUT DE LOS INIMITABLES ADIVINADORES

HERMANOS GARRIDO

Léanse los periódicos de hoy.

Y en efecto, Pepe y Antonio Garrido, dos lojeños de muy buena familia, años atrás estudiantes rumbosos y señoritos con *guita*, habían venido á parar en prestidigitadores. — Al llegar aquí he sentido la tentación de indignarme y soltarle cuatro frescas á esa señora Fortuna, por lo embustera y comprometedor que es. Se me ha ocurrido decirle: «Venga usted acá, señora mía. ¿A qué hizo usted tantos mimos á esos pobres muchachos, años atrás, dándoles el dinero á esportones, la consideración de las gentes á casquete quitado y la vida de canónigos á pedir de boca? ¿Para luego rodearles la espalda, dejarlos sin un botón, hacer que nadie los mire y ponerlos en el trance de ganarse la vida con lo que ellos tenían por diversión y entretenimiento en sus días boyantes; con la adivinación? Pues mire usted, señora: hemos concluido. Vaya usted y que la zurzan...»

Los dos hermanos venían contratados en la compañía ecuestre-gimnástico-acrobático-sugestiva de un mister William, que tenía de *mister* lo que yo de obispo, y no era sino un manchego de Daimiel, donde tuvo tienda de comestibles. Pero, rodando por el mundo, se casó con una inglesa del propio *London* — frase del manchego — con la cual tuvo una hija, de lo más resalado que se ha visto.

La compañía traía mucha más gente; pero la nata y flor de ella la formaban miss Rubí — la hija del manchego — cuya espléndida hermosura se idealizaba en los vaivenes del trapecio *mecedor*, y los dos hermanos Garrido, verdaderos asombros en lo que tocaba á la adivinación del pensamiento, que dejaban tamañitos á Ofonofrof, á Herman y á todas las celebridades en el género.

Claro es que donde hay una muchacha bonita y dos jovencitos simpáticos, por torpe y remolón que el Amor ande y por desgano que esté, al cabo se mete por medio.

Y aunque el *mister* de la Mancha era un pillo de siete suelas y andaba siempre hecho un Argos, alguna palabra, al entrar y salir de escena, se decían la muchacha y los adivinadores; y lo que es mirarse y remirarse, no se lo impedían. Porque de cuantos dones dió el Señor á los mortales, ninguno hay tan hermoso y tan libre como el de mirar; que éste escapa á fiscales y á verdugos.

Ahora bien; lo que no sé yo decir es por cuál de los dos hermanos mostraba miss Rubí su preferencia. Es más; ella misma se hubiera visto, para confesarlo, entre la espada y la pared. Si se decía de Antonio, el mayor, era un real mozo; alto, moreno, de porte señorial, de cecear gracioso y simpático, discreto hasta la pared de enfrente... Y si de Pepe, del menor, ¡cómo no le iba á gustar! Algo triste, algo

rubio — no muy rubio, ¿eh?, — algo pensativo, algo poeta... Y el uno y el otro revelando su buena crianza hasta en el detalle más ínfimo; y el otro y el uno, tan dignos de compasión, codeándose con los payasos y con los barristas...

La niña se había echado estas cuentas para sí: «Los días en que me levanto alegre, me gusta más la tristeza de Pepito; y los días en que amanezco triste, me priva el buen humor de Antonio... ¿Por qué será esto, vamos á ver?» *Hacia* psicología con sus propias emociones, como esos artistas generosos que dan al público el tesoro de sus alegrías y de sus pesares. Sólo que ella, defendida por sus mañas de mujer, tenía el egoísmo de sus intimidades y á nadie se las contaba ni por asomo..., á nadie más que á los encajes de la almohada cuando, en la dulce soledad de la media noche, desvelada y fatigosa, se arrojaba en su lecho de virgen como una golondrina en los vellones de su nido...

II

Habían ensayado un número sensacional para aquella noche: la adivinación desde el trapecio, ocurrencia del director, que esperaba llenar la taquilla y embolsarse unos miles.

*Era del año la estación florida
y era del Corpus la velada hermosa...*

Pero llovía á cántaros, y los árboles del Salón sudaban la tinta de los farolillos á la veneciana que colgaban en pingajos de las ramas verdinegras. Era un dolor ver cómo se deshacía la famosa velada.

A las primeras gotas, la gente se dispersó, huyendo del diluvio que se le venía encima. Hubo carreras, sustos, apretones; las señoras corrían á poner en salvo sus vestidos flamantes, de telas vaporosas. Una «mancha» de pañolones de Manila, que había salido á coquetear en la verbera, se replegó hacia el templo de las Angustias. Los forasteros llenaban los cafés, manchando el suelo con sus pies embarrados. En los portales se entablaban improvisadas tertulias y las mujeres del Padul se tapaban la cabeza con las enaguas, luciendo sus vistosos refajos de pespuntos.

La lluvia siguió tenaz y cansada, molesta, insufrible, como si se complaciera en aguar la fiesta á tanto y tanto curioso. Pero la gente, no dando su brazo á torcer, acudió desalada á los teatros, hormigueando ante los despachos de billetes en una furia de diversión, en un desate de ver *cosas*, costaran lo que costaran.

Famosa noche para el *William* manchego. En el teatro no cabía un alfiler, y los palcos y las butacas se habían vendido á precios fabulosos.

Un público bonachón y sencillote, compuesto en su mayoría de labradores de la Vega, esperaba, periódico en mano, el sensacional número de la *adivinación en el trapecio*. — Allí estaban aquellas dos apretadas columnas del periódico para meterles gana: ni en Madrid habían visto aquel prodigio. Los hermanos Garrido habían reservado el número maravilloso «*para su querido público de la ciudad de Boabdil*,» según decía el más atildado de los gacetilleros provincianos.

Y llegó el caso. — Antonio, el mayor, apareció en la pista, atrayendo las miradas de las coquetonas señoritas de pueblo, con su frac divinamente llevado y sus elegantes maneras á lo gran señor. Bajó el trapecio hasta él, en un rechinar de poleas, miedoso é imponente. Hubo un largo silencio de curiosidad

mientras le vendaban los ojos, y al fin, de pie en el trapecio *mecedor*, subió mi hombre hasta casi tocar el techo con las manos.

— Una señorita..., cualquiera..., que escriba su pensamiento en un papel... ¿Está ya?

Había que ver á la gente, en un silencio como en misa, con los ojos en blanco, mirando al trapecio casi sin resollar y temblando..., en una tensión angustiosa y horrible.

El adivinador escribió en una hoja de su cartera, que bajó revoloteando hasta caer en la pista. — Se leyó primero lo que la señorita había escrito. Luego, lo que Antonio garrapateó febrilmente... Y sonó un aplauso, un aplauso frenético y seguido, cuyo *tableteo* sonoro y agradable corrió en delicioso cosquillear por la blanca y combada espalda de miss Rubí, la cual, arrebujaada en su gran manto de pieles, esperaba entre bastidores el resultado del experimento.

Llegó su turno al otro hermano, á Pepe, que, *mutata mutandis*, hizo lo mismo hasta el momento de leer su adivinación. La señorita había escrito: «Pienso en lo que hará en este instante mi hermana Lola.» Y el papel del adivinador decía: *Ha pensado en el baile del Liceo*. La gente se llamó á engaño; se rió, pateó, dijo chuscadas y barbaridades... Y de pronto se oyó un grito inmenso, grande, aterrador. El adivinador, en un desesperado arranque, se había tirado del trapecio.

* *

Cuando los camilleros que llevaban al magullado Pepe pedían paso á la gente de entre bastidores, Antonio y miss Rubí, en el más apasionado de los dúos, se echaron á un lado, pero sin dejar su conversación egoísta, comiéndose con los ojos; él bebiendo amor en las miradas encendidas de la muchacha, ella sorbiendo gloria en los suspiros del triunfador amante...

Hasta que se lo dijo un tramoyista, no se dieron cuenta del percañe horrible...

La descarga del sufrimiento tardó en llegarles: se habían resguardado con el *aislador* del egoísmo.

III

Pasó tiempo, y Pepe, no sin grandes trabajos, pudo curar de su caída. Pero más le valiera haberse quedado en el sitio; porque decir los tragos de veñeno que tuvo que pasar el infeliz, sería el cuento de nunca acabar. Desde su fracaso, todos le volvieron la espalda: el director, los demás compañeros, hasta su propio hermano, que apenas le hablaba ya; hasta la mujer de sus pesadillas, que hacía de él el mismo caso que de un perro. Todo, todo acabó para el infeliz; y si no lo echaron de la compañía fué, más bien que por la sombra de su hermano, por su propio tesón y constancia. — Eran de ver las trabajeras que se daba ensayando la *adivinación en el trapecio*. Todo el santo día se lo pasaba mi hombre á vueltas con lo mismo. Compró cuantos libros halló á mano sobre el particular. Se aprendió al dedillo las teorías de Mesmer, los sistemas de Braiel, los experimentos de Figuier, las sutilezas de Mosso... Revolvíó el cielo con la tierra, se hizo añicos, estudió con una voluntad indomable un día y otro y otro, hasta acabar por la posesión de toda la enmarañada ciencia de las sugestiones.

Y esto, entre desazones y suspiros, viendo á su hermano feliz y triunfador junto á miss Rubí, y á ella loca por él y por la gloria de su nombre..., mien-

tras él, Pepe, estaba arrinconado, mirado por encima del hombro, casi viviendo de limosna.

Una tarde, Antonio salió de cacería con varios señores. Y al anocheecer lo trajeron entre cuatro, muerto de un balazo «por equivocación.»

¡Lo que lloró miss Rubí al muerto!.. ¡Lo que le dolió ver aquella juventud en la caja, aquel amor tan grande camino del cementerio, aquella gloria que desaparecía para siempre bajo un puñado de tierra ne-gruzcal..

* *

¡Gran día para el mister de Daimiel! — Por la mañana, los profesores de la facultad de Medicina, algunos periodistas y varias señoras de alto copete fueron al ensayo general.

Y Pepe, el Garrido menor, ante tan escogido auditorio, dió una conferencia como preliminar de sus trabajos de adivinación y sugestión del pensamiento.

Fué un exitazo. Los médicos se hicieron cruces; ¡Qué barbaridad y lo que sabía el tal Pepito!.. Las señoras cuchicheaban con el silabeo sonoro de las andaluzas: «¿Pero tú has visto, hija de mi arma?.. ¡Jozú, Jozú!.. Ezas zon cozas del demonio...» Hubo gacettillero que propuso abrir en el acto una suscripción para erigir á Garrido *cadet* la estatua que por *clasificación* le correspondía. — En fin, que salieron todos haciéndose lenguas de *Garridito*. — El director le llamaba así, en el colmo de la simpatía: como buen manchego, aumentaba las cosas aplicándolas al diminutivo.

No hay que decir que las proezas del adivinador cundieron por la ciudad, ni que, á la hora de la función, estaba el circo lleno hasta los topes.

Pepe hizo prodigios, asombros, milagros. Adivinó, desde las alturas del trapecio, todo lo que al público le vino en gana, y las ovaciones, grandes y atronadoras, resonaron como una serenata de amor en los oídos de miss Rubí, la cual, como en otra noche memorable, aguardaba el final del número temblando de ansiedad bajo su costosa capa de pieles.

El artista fué llevado á su cuarto poco menos que en vilo por la gente de la compañía, con el director á la cabeza. Y allí unos ojos, brillantes de entusiasmo, le quitaron el habla; y una voz dulce y mimosa de mujer enamorada, casi le privó de la vista... Se adormeció, al lado de miss Rubí, en la más adorable de las pe-rezas. Ni una idea se rebulló en su mente; ni un glóbulo se agitó en su sangre; ni una fibra se le retorció en el cuerpo... Estaba domado, con grillos en el cuerpo y el alma; se rendía todo él á la mujer aquella. Ni siquiera despertó el rencor de los desprecios sufridos; ni siquiera habló la piedad y el perdón para el hermano que yacía debajo de tierra; ni siquiera recordó el eco adorable de los aplausos triunfadores.

Todo; rencor, piedad, gloria..., todo lo puso á los pies de la mujer de sus pesadillas.

Y aquella mujer, porque llevaba amor en sus ojos embusteros, en el silabear mimoso de sus palabras, en sus andares de gitana inquieta, en sus quietudes de sibila pensadora, porque toda ella era amor, sólo buscaba gloria.

Ahora se miraba en los ojos de Pepe como antes en los del hermano; porque ahora Pepe la envolvía en la nube de oro del triunfo. Cuando sólo la ofrecía el amor, ni lo notaba. ¿Para qué, si toda ella era amor? — Fama, nombre, vanidad, para beberla en seguida; para sorber en un instante la gloria conquistada por él á fuerza de años, á fuerza de dolo-

res... Como el sol, que en un instante seca el pegu-jal de todo un año.

¡El soll.. Fuente de la vida, padre de la tierra...,

sinceros al considerarse como guardianes de la libertad. Esto es muy natural, pero hay casos en que esta especie de sentimiento se manifiesta demasiado excesivo.

Por eso en la Exposición llamada «Universal» se ha juzgado que había una ligera falta de equilibrio. Aunque soy francés, no puedo ocultarme que mi país se ha puesto un poco demasiado «en evidencia,» reservándose para sí un espacio excesivamente desproporcionado. Sin embargo, este es un error que he reconocido en todas las Exposiciones Universales, cualquiera que fuese el país donde se celebraran, y por eso tienen más bien el carácter de «nacionales,» con una ligera mezcla de elementos extranjeros.

Generalmente hablando, la primera impresión no ha despertado en nosotros la consoladora idea de que las diversas escuelas habían hecho ningún notable progreso en los últimos años, ni tenido tampoco un objeto bien marcado. Los pintores parecen haberse perdido en una multiplicidad de ideas, de las cuales no podría decirse que alguna de ellas tenga realmente importancia ó profundidad. Muchos se han dejado llevar de las cuestiones de técnica ó de estilo, olvidando que antes de fatigarse para ver cómo se ha de expresar mejor un pensamiento, era necesario sobre todo concebirle.

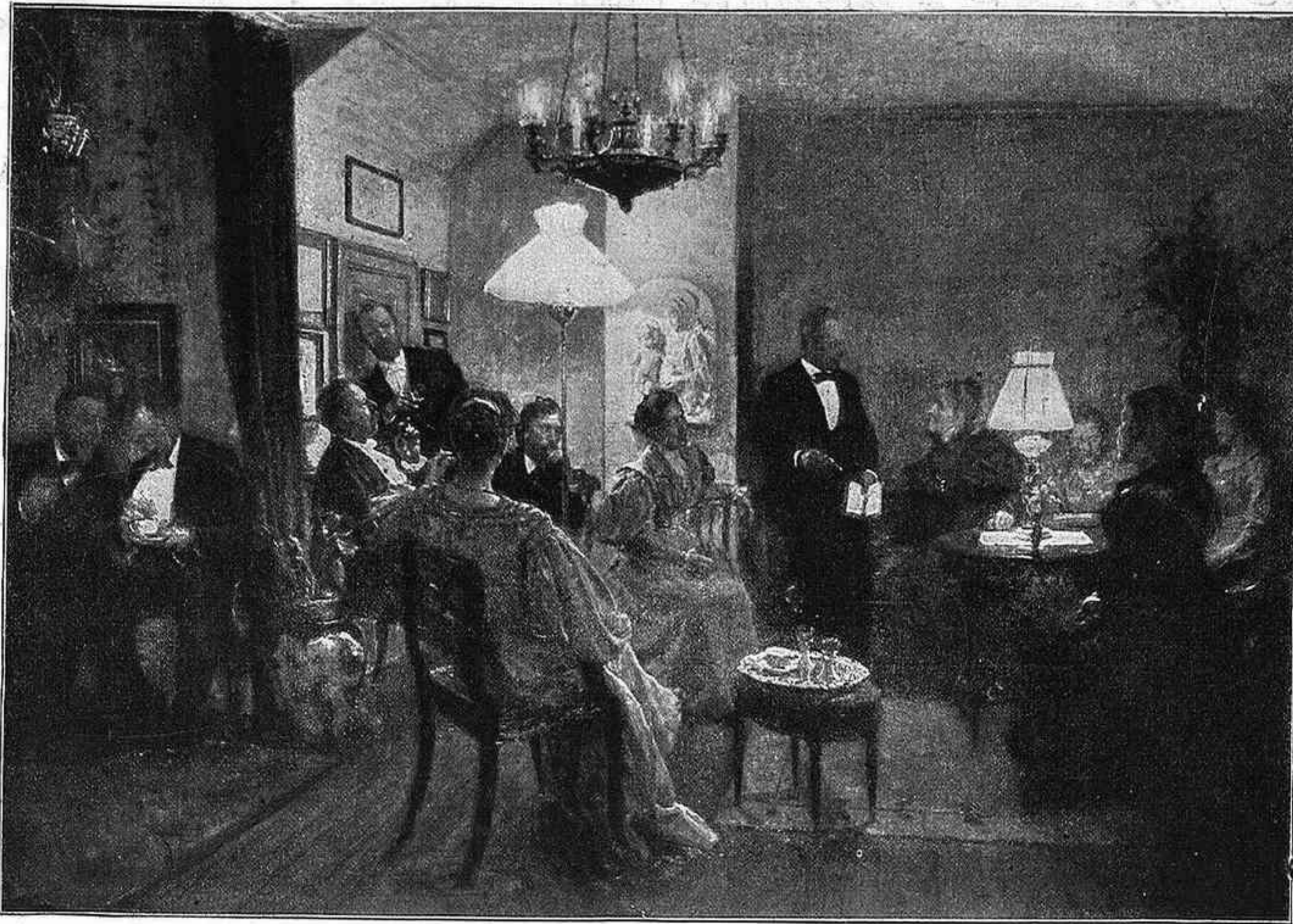
Jamás el talento alcanzó á tan alto grado; jamás hubo tan hábiles artistas; y sin embargo, nunca estuvo limitado el arte por tan pobres ideas: tal es la deducción que hemos hecho forzosamente por la última grandiosa exposición; y también observamos que las peculiaridades de estilo se desvanecen poco á poco en los más diversos países. Hoy día, á la primera mirada se distingue una antigua pintura italiana de una flamenca ó alemana; pero no es de ningún modo seguro que los ojos más prácticos reconozcan de aquí en adelante la diferencia entre una obra alemana, una francesa y una flamenca de nuestra época.

Nos parece que Dinamarca y Finlandia han dado la nota más nueva en este tiempo. El primero de estos países ha demostrado á la vez considerable actividad y progreso en el decorado, la cerámica y la composición, y ha obtenido para sí un lugar que apenas si podía esperar. También la pintura corre parejas con lo demás. Los caracteres de esta escuela son muy variados, y revelan profundo estudio y gran conocimiento de la vida doméstica. Los artistas daneses están poco favorecidos en cuestión de luz durante la mayor parte del año. Al contrario de los suecos y noruegos, no tienen la ventaja de las noches claras como el día, y de los días tan brillantes que hacen hablar á los colores; pero han sabido obtener encantos de elementos tan poco propios como aquellos de que disponen para alcanzar semejantes resultados.

Sería ocioso referirnos á nombres de maestros universalmente conocidos como Krøyer y Viggo Johansen, y nos limitaremos á decir que han expuesto obras muy notables, como *Una sesión de la Academia de Ciencias*, cuadro del primero, y *Una tertulia*, pintada por el segundo, lienzos que revelan un profundo estudio de observación y un marcado carácter de la escuela danesa.

Además de esos dos bien conocidos nombres, podríamos citar otros más recientes, sobre todo el de Guillermo Hammershoj, que á nuestro modo de ver es un verdadero maestro.

Finlandia tiene una escuela que se inspira en alguna gran leyenda ó cualquiera visión poética de la



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—UNA TERTULIA, cuadro del pintor dinamarqués Viggo Johansen

¡y seca las flores!.. — La mujer... Soberana del mundo, madre de todos los amores, ¡y cose á puñaladas el corazón!..

CRISTÓBAL DE CASTRO.

(Dibujo de Triadó.)

LAS PINTURAS CONTINENTALES

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

De un notable artículo del reputado crítico de *Le Figaro* Arsenio Alexandre, que publica una importante revista inglesa de Bellas Artes, tomamos los siguientes párrafos, que al mismo tiempo que sirven de comentario á los grabados que en esta y en la siguiente página reproducimos, constituyen un intere-



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—UNA CONFERENCIA RELIGIOSA, cuadro de la pintora finlandesa Mme. Soldan

sante estudio acerca de una parte de la pintura continental en la última exposición de París.

¿Es posible, en una Exposición Universal como esta, formar en absoluto una idea exacta de lo que se llama *l'art mondial*? En teoría, sí; en la práctica, no. Para ello los jurados deberían componerse de ángeles, en vez de mortales; pero se eligen entre los hombres más célebres aquellos que, por decirlo así «han llegado.» Ahora bien: estos últimos no comprenden siempre á los que están «para llegar,» y nadie puede vituperarles por esto, porque son muy

serios al considerarse como guardianes de la libertad. Esto es muy natural, pero hay casos en que esta especie de sentimiento se manifiesta demasiado excesivo.

Nos parece que Dinamarca y Finlandia han dado la nota más nueva en este tiempo. El primero de estos países ha demostrado á la vez considerable actividad y progreso en el decorado, la cerámica y la composición, y ha obtenido para sí un lugar que apenas si podía esperar. También la pintura corre parejas con lo demás. Los caracteres de esta escuela son muy variados, y revelan profundo estudio y gran conocimiento de la vida doméstica. Los artistas daneses están poco favorecidos en cuestión de luz durante la mayor parte del año. Al contrario de los suecos y noruegos, no tienen la ventaja de las noches claras como el día, y de los días tan brillantes que hacen hablar á los colores; pero han sabido obtener encantos de elementos tan poco propios como aquellos de que disponen para alcanzar semejantes resultados.

Sería ocioso referirnos á nombres de maestros universalmente conocidos como Krøyer y Viggo Johansen, y nos limitaremos á decir que han expuesto obras muy notables, como *Una sesión de la Academia de Ciencias*, cuadro del primero, y *Una tertulia*, pintada por el segundo, lienzos que revelan un profundo estudio de observación y un marcado carácter de la escuela danesa.

Además de esos dos bien conocidos nombres, podríamos citar otros más recientes, sobre todo el de Guillermo Hammershoj, que á nuestro modo de ver es un verdadero maestro.

Finlandia tiene una escuela que se inspira en alguna gran leyenda ó cualquiera visión poética de la



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—FAMILIA DE OBREROS, cuadro del pintor húngaro Adolfo Fenyes

vida; tiene algo de rústico, por decirlo así; pero á esto mismo debe su ingenuidad. Por otra parte, este país ha producido algunos artistas notables, los cuales constituyen una brillante pléyade cuyo asiento está generalmente en Helsingfors. Entre estos artistas debo citar á Gallén, hábil decorador, que representa con magníficas imágenes los grandes poemas de los antiguos; Halonen, pintor de figuras y costumbres de una expresión deliciosa de sentimiento; Jaernefel, notable por sus retratos y paisajes; y la señora Soldan, cuyo cuadro *Una conferencia religiosa* se distingue por la naturalidad de su conjunto. Los artistas que acabamos de citar son algunos de los principales de esa valiente escuela.

Las escuelas escandinavas distingúense por su gran homogeneidad. Suecia tiene su propio carácter peculiar, así como también Noruega. Ambas tienen muchos puntos de contacto; pero el estilo sueco es más suave; mientras que el de Noruega se distingue por lo vigoroso. Sin embargo, los dos son igualmente aceptables para el arte, y no nos aventuraremos á mostrar ninguna preferencia entre los dos países rivales, puesto que ambos nos interesan. En todas las obras enviadas se nota un sello de sinceridad y de penetrante observa-

ción de la vida, esos ricos y vigorosos colores, esa especie de frío impresionismo que durante muchos años llamaron la atención de los artistas hacia esas escuelas.

En cuanto á Suecia, el admirable pincel de M. Zorn se reconoce en su retrato del rey *Oscar II*, en sus *Campesinos bailando de noche* y en otras varias obras dignas de elogio. M. Carlos Larsson, artista eminente á la vez que modesto, es autor de obras que por desgracia se conocen muy poco; es maravilloso colorista, así como distinguido dibujante, y se le puede considerar en suma como un verdadero maestro. Entre las mejores pinturas suecas debe notarse el cuadro de carácter de Wihelmsen titulado *Pescadoras de regreso de la iglesia*, del que damos una reproducción. Entre otros varios nombres, no echaremos en olvido al príncipe Eugenio, de quien puede decirse que es un notable paisajista, no porque sea príncipe, sino porque sus obras no pueden por menos de llamar la atención.

Uno de los caracteres notables de la Exposición, bajo muchos conceptos, es sin duda la participación de Alemania, y aquí me limitaré estrictamente á la cuestión artística. Si las artes industriales alemanas han producido sorpresa hasta en los mejor informados, no podemos decir lo mismo de la pintura alemana. Muchos de sus artistas son bien conocidos en París, como por ejemplo Menzel y Lieberman, que en esta ocasión no han presentado obras de especial importancia. La mayor novedad presentada fué sin duda la colección de retratos de Lenbach, cuya celebridad ha llegado hasta nosotros, pero cuyas obras no se habían exhibido aquí nunca.

De los artistas alemanes han merecido particular aprecio Liebermann por su cuadro *Pastora*, y Franz Stuck por sus dos magníficos lienzos *Bachanalia* y el *Paraíso Perdido*. Este artista ha sido admirado también como escultor.

La escuela austriaca se distingue más por el atractivo de sus obras que por su profundidad; pero revela extraños talentos, como lo demuestran los retratos de Mehofer y el pintor de costumbres Moll.

Hungría, por otra parte, con una tendencia mucho más variada, análoga á la que observamos en Rusia, presenta quizás mayor número de singulares temperamentos. Entre otros, M. Fenyes, pintor vigoroso y melancólico, se distingue por su cuadro *Familia de obreros*; M. Laszlo es un hábil retratista, y M. Zemplengi un excelente pintor de costumbres.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900. PESCADORAS DE REGRESO DE LA IGLESIA, cuadro del pintor sueco Carlos Wilhelmson



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—PASTORA, cuadro del pintor alemán Max Liebermann

El autor del artículo del que hemos tomado los anteriores fragmentos se extiende en consideraciones atinadísimas acerca de la pintura en otros países europeos; mas el limitado espacio de que disponemos sólo nos permite reproducir lo que se refiere á los cinco cuadros que en estas páginas publicamos. Añadiremos, sin embargo, que el crítico de *Le Figaro*, al hablar de España, consigna grandes elogios á Zuloaga, Casas, Rusiñol, Nonell y Sorolla, lamentando que á los cuatro primeros no se les concediera en esta Exposición Universal la representación que de derecho les correspondía. — R.



INDIANOS DE IDA Y VUELTA

Ya no puede decirse, como escribió D. Francisco de Quevedo:

«Dicen que con un indiano
se casa Marica Pérez;
pero es indiano que va,
que no es indiano que viene.»

Porque vienen muchos *indianos* sin una peseta, y

Le llevaron en clase de fardo ó de equipaje.

¡Y cómo fué!

Sin camisa artificial.

Un día dijo para «sigo mismo:»

— Todo el mundo es patria: (no podía decir otro tanto de su baúl-mundo, porque no le tenía.)

Y se arrancó de España, sin dolor, como anuncian los dentistas-poetas que extraen muelas y rigodones..., digo, raigones apollillados.

Por otra parte, ciertas ocupaciones son afrentosas para un hidalgo en su país, y en España todavía se conserva el tipo del *hijodalgo*.

Por fuerza hemos de ser todos «hijos de algo» ó de alguien.

En país extranjero puede ser mozo de café cualquier hidalgo, porque nadie le conoce.

¡Luego los encantos de América!

Para muchos individuos de la clase de emigrantes,



La inteligente, cuadro del celebrado pintor Gabriel Max (de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich)

no incluyo á los repatriados de Cuba y Puerto Rico. He conocido ejemplares variados y he sabido de otros que volvieron á nado.

América tuvo siempre muchos encantos para los europeos y en particular para los españoles.

Cuando menos se sospecha, desaparece un amigo de los círculos que solía frecuentar.

— ¿Y Fulano? ¿Qué será de Fulano?, se pregunta.

— Se fué á América.

— ¿En clase de emigrado?

Sin dolor para ellos, y así se arrancó aquel mi amigo, sin dolor para España.

España es una pobre madre viuda y con muchos hijos á quienes no puede mantener, y los echa á buscarse la vida ó los deja marchar á países extraños, sin procurar retenerlos con sugerencias de su cariño.

Por esto emigran tantos.

¿Qué han de hacer aquí? ¿Cómo han de vivir diez y siete millones de personas donde no hay raciones para más de unos cuantos millares?

en cuanto el europeo desembarca, encuentra un capitalista que le dice:

— ¿Qué necesitas tú, hermoso?

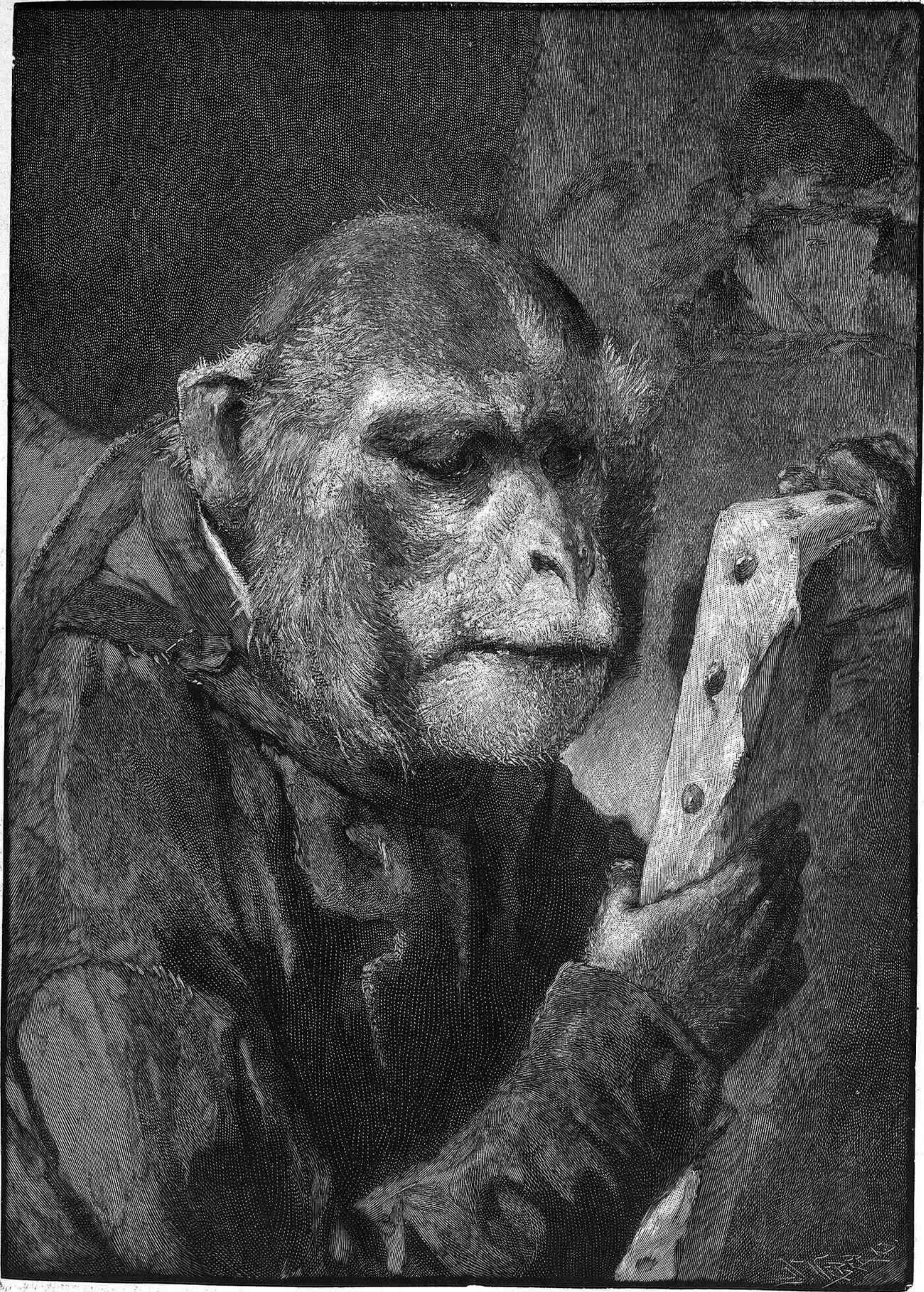
Algunos que conocen á nuestros clásicos, han conocido á América por los versos del divino herrero-poeta Pascual y Torres que, en su drama magnífico *¡A la mar!*, describe así la llegada á tierra americana:

«Salto en tierra, pongo un codo:
ya tengo un loro.»

Y un emigrante que encuentra un loro voluntario, apenas llega, no puede pedir más gollerías.
 - ¿Qué hace allá Perecito?, preguntan ustedes á un español que regresa á la madre patria - como decimos acá.
 - ¡Pobrecito!, responde el interpelado, colocado está en el ramo de limpiezas públicas.
 - ¡Una de nuestras... segundas plumas!
 - Pues es allí una de las primeras escobas.

El que regresa con algunos ahorros, se ve en graves conflictos.
 - ¡Fulano!
 - ¡Qué bueno vienes! Representas diez años menos y diez mil duros más.
 - Gracias, chico, gracias; no llevo suelto.
 Otro que le tutea después de pasado por agua:
 - Desde que te fuiste he tenido diez hijos: dos de cada parto.

que fué: nos bimos por vez primera en la Zarzuela cantando yo como sopla no, en la mano izquierda del coro, ¿te acuerdas de Casilda? Qué ingrato fuiste conmigo que te conservo mi corazón. Tú puedes figurarte cómo estaré: empeñada...»
 Otro modelo:
 «D. José: aunque no tenga el gusto de conocerle más que de nombre, le suplico se pase por esta. - Irene.»



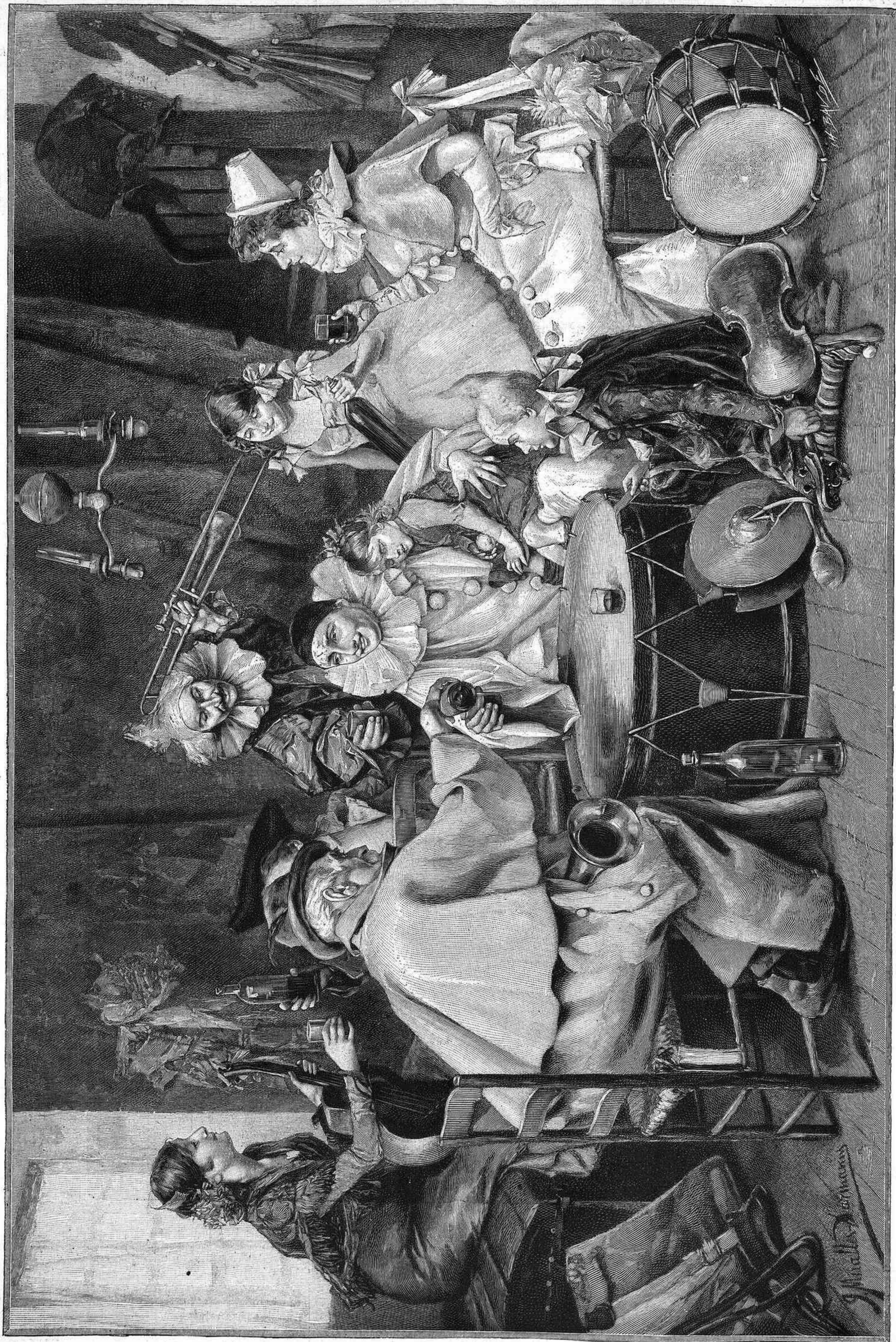
El crítico de Bellas Artes, cuadro del celebrado pintor Gabriel Max (de fotografía de Hanstaengl, de Munich)

- ¿Y Bonachea?
 - Perdió el juicio: andaba por las calles disfrazado de mosquetero convencional con morrión.
 Los que vienen tienen el gusto de propalar noticias terribles de los que quedan.
 Algunos regresan con dinero: otros sin él - los más;
 - otros, ¡ay!, se quedan á «pernoctar» en América.
 El que vuelve á España sin dinero, reanuda su vida anterior. Le pide á los amigos.

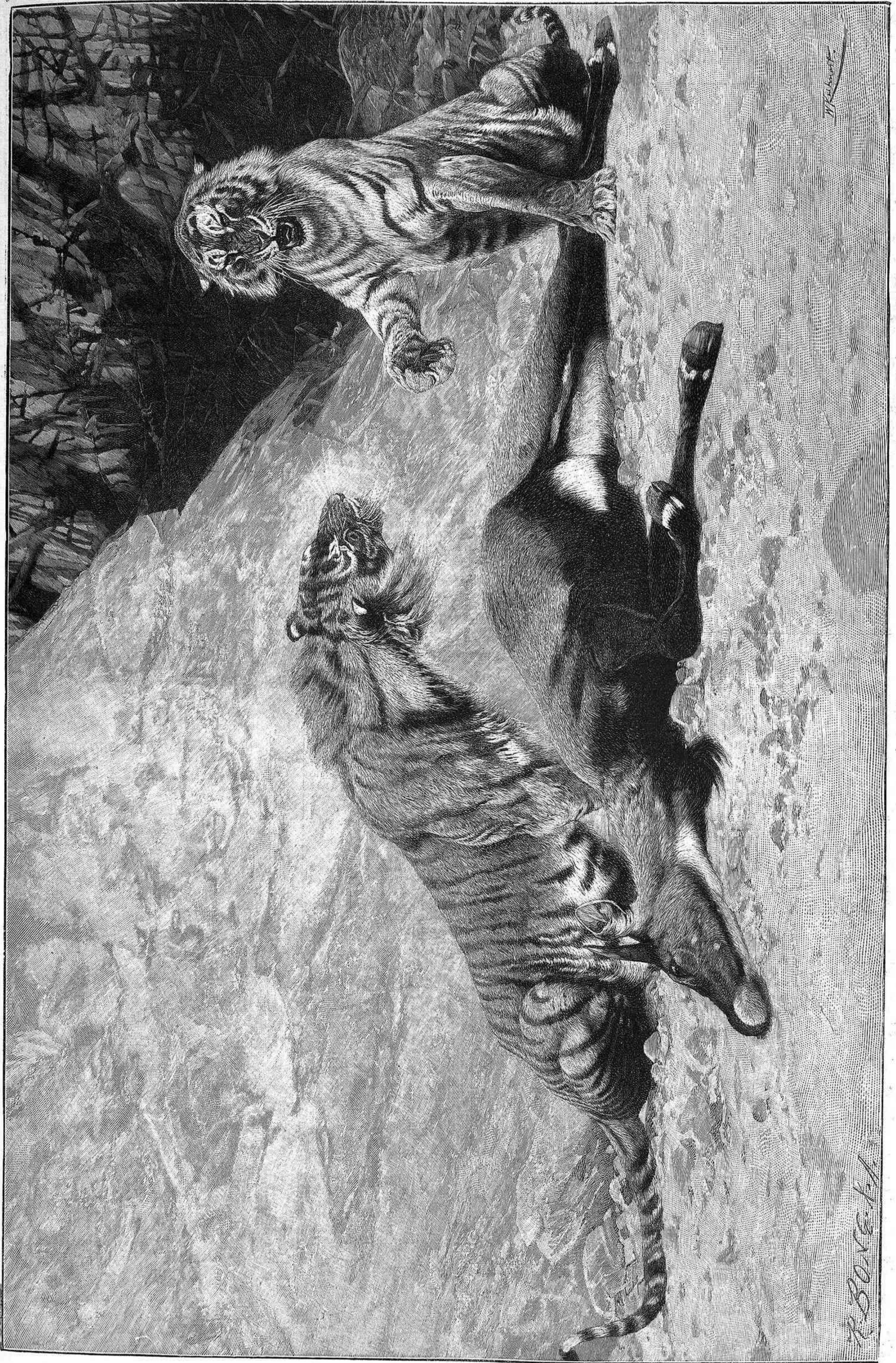
- No han sido como el de los montes.
 - No, chico, no ha sido como el del Sr. Francisco Montes.
 - ¿Y estás otra vez en cinta?
 - Estoy loco: no puedo con tanta pesadumbre. Otro amigo le propone negocios inverosímiles. En su casa llueven las cartas de ambos sexos. Es decir, de señoras y de caballeros.
 «Querido Pepe: tú no recordarás á estatua miga

Un querido amigo mío que regresó de Buenos Aires, blando á las súplicas y á las escenas tristes, se dió á dar dinero, en lugar de darse tono ó de darse á la bebida, y seis meses después hubo de volver á América para rehacerse.
 - ¿Adónde vas?, le pregunté.
 - Pues otra vez á América, me respondió, á procurarme dinero para los amigos.

EDUARDO DE PALACIO.



DESPUÉS DE LA FUNCIÓN, cuadro de Miralles Darmanin



DISPUTÁNDOSE LA PRESA, cuadro de W. Kuhnert

NUESTROS GRABADOS

Rosita, cuadro de Félix Mestres (Exposición Robira).—Varia es la producción de este inteligente y laborioso pintor, tanto como los géneros que ha cultivado. Entregado con verdadero fervor al estudio, ha realizado, en breve espacio



Reproducción autorizada

ROSITA, cuadro de Félix Mestres (Exposición Robira, calle de Escudillers)

de tiempo, sensibles progresos y adelantos, conforme lo demuestran en estos momentos los favorables juicios que ha merecido de la crítica su lienzo titulado *Crepúsculo* y la recompensa otorgada por el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes. Al exhibir su primera obra, hace pocos años, hicimos constar el concepto que nos merecía el novel artista y lo que de sus aptitudes podía esperarse. Los hechos han venido a confirmar nuestras apreciaciones y a convertir en realidades las que ayer fueron lisonjeras esperanzas. Así, pues, al reproducir uno de sus estudios, no nos cabe más que felicitar al amigo y al artista por su reciente triunfo.

La domadora, grupo escultórico de Agapito Vallmitjana Abarca.—El arte de la escultura parece vinculado en la familia Vallmitjana, puesto que Agapito ha de considerarse como continuador de la gloriosa fama que ha sabido conquistar su padre D. Venancio, cuyas huellas sigue con provechoso resultado, conforme lo atestiguan las obras que embellecen algunos monumentos públicos y suntuosas mansiones. El hermoso grupo *La domadora*, que reproducimos en esta página, justamente premiado en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes, revela las aptitudes y condiciones del artista, que en esta producción, al igual que en las demás que conocemos, preséntase vigoroso y elegante, fácil y correcto, cual si las saludables enseñanzas que ha recibido de su padre y maestro se confundieran con el razonado concepto moderno.

En la horchatería, cuadro de J. Pinós Comes.—No es Pinós Comes un artista novel. Ha algunos años que se dió a conocer ventajosamente, adquiriendo notoriedad por sus bellas cabecitas de mujer, pintadas con donaire y verdad, de tonos simpáticos y agradables y distintivas todas ellas por el sello de distinción y buen gusto que constituye la característica de las obras del pintor á que nos referimos. Hase distinguido como hábil pastelista, logrando con débiles recursos ejecutar obras altamente recomendables, frescas y jugosas, esfumadas con suma delicadeza de tonos y tintas, que

especialmente en los tipos femeniles cobran cierto encanto que embelesa. A este género pertenece el cuadro que reproducimos, digno del buen nombre del artista, que cultiva asimismo con fruto la pintura al óleo, descollando por su firmeza de colorido y elegante trazo.

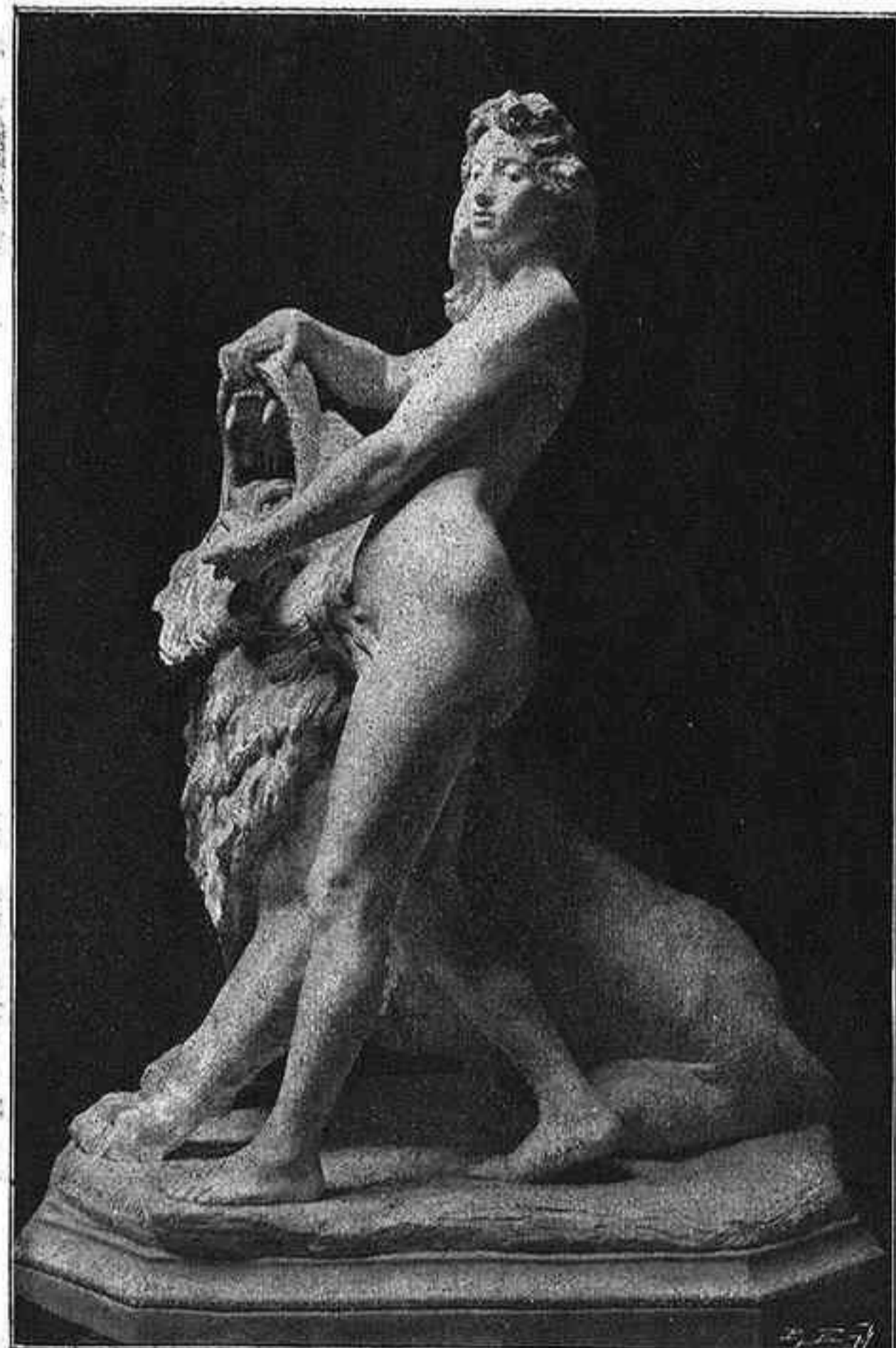
Estudio, cuadro de J. Pinós y Comes—Otra bellísima producción del discreto pintor señor Pinós y Comes reproducimos en esta página, digna de su buen nombre. La circunstancia de haber consignado en la anterior descripción algunas apreciaciones acerca de las condiciones y aptitudes del artista á que nos referimos, nos obliga á limitarnos á llamar la atención acerca del estudio cuya copia damos á conocer á nuestros lectores, seguros de que han de agradecerlo, ya que resulta una obra estimable, ejecutada con acierto y que atestigua las cualidades que posee nuestro distinguido amigo, que atento siempre al propósito de reproducir el modelo, se distingue por su espíritu observador.

El inteligente.—El crítico de Bellas Artes, cuadros de Gabriel Max.—El autor de estos cuadros, artista de universal renombre, es sin duda alguna uno de los primeros pintores de nuestra época. Desde sus comienzos mostróse modernista en el buen sentido de la palabra, no sólo en el procedimiento, sino en la concepción de sus obras, en las cuales podrán las generaciones venideras estudiar la vida social é intelectual de nuestros tiempos, que como pocos ha sabido analizar y descomponer. Gabriel Max no es simplemente un pintor; es además un filósofo, un naturalista y á ratos también un poeta. Sus cuadros son á veces tendenciosos, con la particularidad de que cuando tienen este carácter suelen ser los personajes de los mismos, no seres humanos, sino animales, y el pensamiento que los informa es por lo general sarcástico: tal sucede con su lienzo *Los filósofos*, representados por un grupo de monos, y con los dos que en el presente número reproducimos. *La inteligente* y *El crítico de Bellas Artes* son una sátira sangrienta contra las marisabidillas y los aristarcos que con más pretensiones y osadía que conocimientos y criterio se meten á criticar las obras ajenas, y reparten, como vulgarmente se dice, palos de ciego, impulsados por pasiones mezquinas y amparados por su propia ignorancia.

Después de la función, cuadro de Miralles Darmanin.—La entrada ha sido buena y los aplausos han menudeado; la gente del circo ha salido satisfecha de la función, y los artistas, contentos, á su vez, del éxito obtenido, beben unas copas en celebración de tan fausto suceso, favorable presagio de una productiva temporada durante la feria. La escena se prestaba á una composición pintoresca, y nuestro compatriota el Sr. Miralles Darmanin ha sabido aprovechar hábilmente los elementos que el asunto le ofrecía

para pintar un lienzo que, así en su conjunto como en sus detalles, ofrece no pocas bellezas. Si examinamos cada una de las figuras, encontraremos perfectamente expresadas las diferentes formas que un mismo sentimiento puede revestir en temperamentos diversos; y si nos fijamos en su disposición, admiraremos la destreza con que el artista ha sabido agruparlas, consiguiendo salvar la confusión en que tan fácil es incurrir en obras de esta índole. En suma, el cuadro de Miralles es una nueva prueba del talento del artista, que se revela, así en las cualidades que dejamos indicadas, como en la corrección del dibujo y en las excelencias de colorido.

Defendiendo la presa, cuadro de W. Kuhnert.—La lucha por la existencia se manifiesta en todos los órdenes de la naturaleza: desde los seres más microscópicos, hasta los más corpulentos; desde los animales más inofensivos, hasta los más fieros, é el irracional y el hombre, todos combaten por la vida, cada cual con las armas y las fuerzas de que está dotado. Y aunque esta lucha es implacable siempre, llega á ser terrible cuando los que la sostienen siéntense impulsados por los más fieros instintos: ejemplo de ello, la pareja de tigres del cuadro de Kuhnert que se disputa el cuerpo del infeliz antílope que junto á ellos yace. La contienda no está más que iniciada: nos encontramos, por decirlo así, en el momento de las injurias y de los insultos que preceden á la agresión; pero se adivina que al producirse ésta el choque será encarnizado, el duelo será á muerte y es seguro que el vencedor podrá saciar su hambre, no sólo en la presa cazada, sino que también en el enemigo vencido. El artista alemán ha dado á la escena el carácter salvaje que le corresponde y que se refleja, así en las actitudes de las dos fieras, como en el paisaje agreste en que aquélla se desarrolla.



Reproducción autorizada

LA DOMADORA, grupo escultórico de Agapito Vallmitjana Abarca (Exposición Nacional de Bellas Artes. 1901)

Misa en el campo en Rusia, cuadro de Gregorio Miassojedoff.—La pintura ruralista tiene grandísima importancia en Rusia, y en su cultivo se distinguen Repine, Wasnezoff, Serof y el autor del cuadro que en la página 344 reproducimos. La obra de Gregorio Miassojedoff nos presenta



Reproducción autorizada

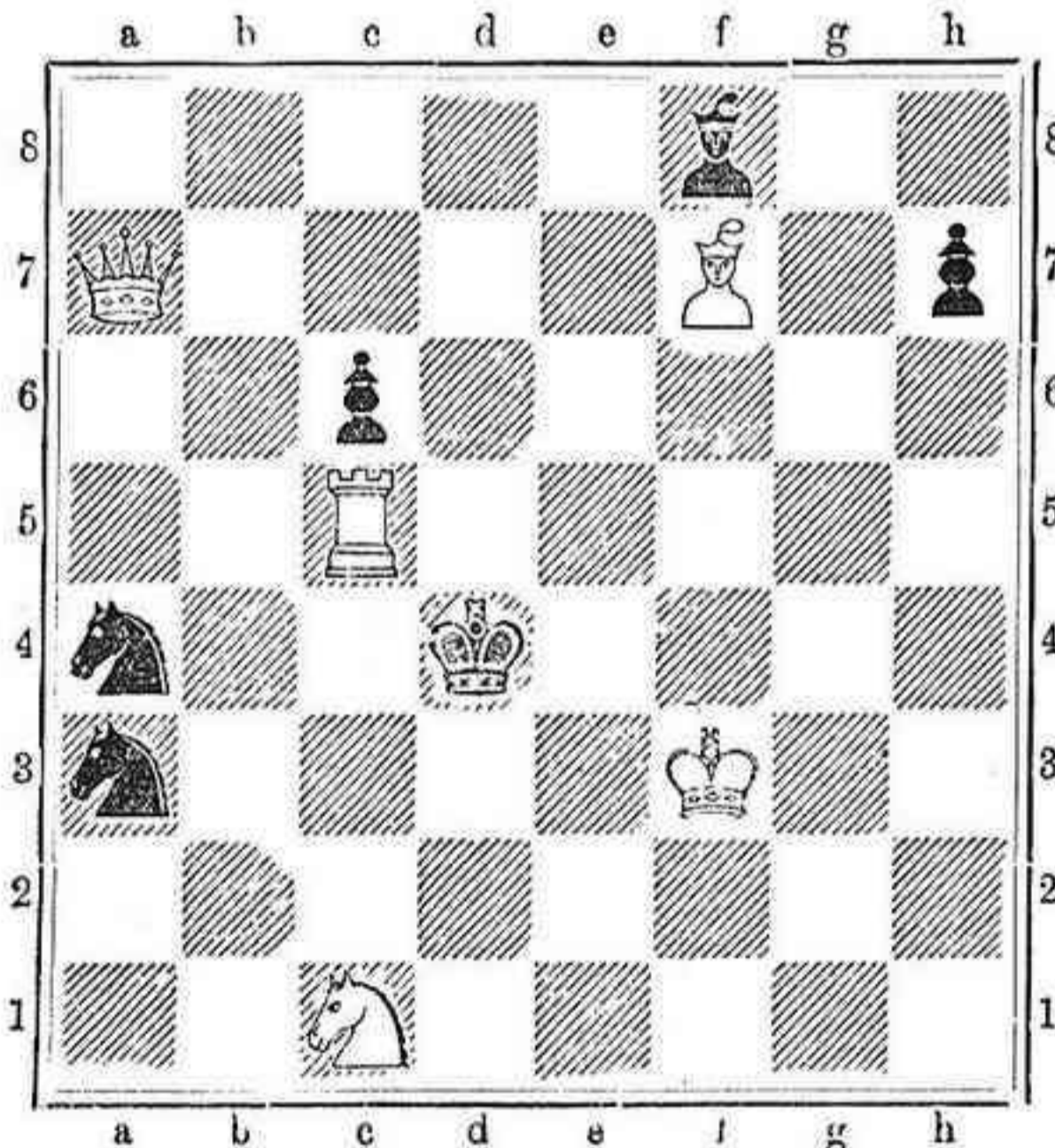
ESTUDIO, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón París)

una escena característica de la vida de los campesinos rusos, tratada con profundo espíritu de observación y con perfecto conocimiento de los recursos técnicos; las figuras y el paisaje tienen verdadero carácter, y el ambiente general del lienzo demuestra que el pintor no sólo ha tomado el asunto del natural, sino que ha sabido asimilarse el espíritu del mismo.

La CREMA SIMÓN, cuya nombradía es universal, es la más eficaz á la vez que la más barata de todas las cremas. **Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 242, POR A. PILLMEYER. NEGRAS 6 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 241, POR J. SALMINGER.

- | | |
|----------------|---------------------|
| Blancas. | NEGRAS. |
| 1. A e3—g5 | 1. f7—f6 |
| 2. T a5—a8 | 2. P toma A |
| 3. Da2—a7 | 3. A toma D ú otra. |
| 4. T ó D mate. | |

VARIANTES

- 2..... A b f—a7; 3. D toma A, etc.
 2..... Otra jug.ª; 3. Da2—a6, etc.
 1... A 5—g4; 2. Te1—f1jaq., R f3—e2; 3. Ta5—d5, etc.
 R toma P; 3. Da2—a4jaq., etc.
 1... Ab8—a7; 2. T toma A, R f3—f2; 3. Te1—f1jaq., etc.
 Otra jug.ª; 3. Da2—a6, etc.
 1... d6—d5; 2. T toma P, Ab8—a7; 3. D toma A, etc.
 Otra jug.ª; 3. T d5—d3jaq., etc.
 1... f7—f5; 2. T toma P, Cualquiera; 3. Da2—a6, etc.
 1... R f3—2; 2. Te1—f1jaq., R f2—e2; 3. Ta5—d5, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Apenas seguro de que Evelina había salido, corrió á la antesala para coger el sobre que había escondido en un armario; al entrar, y cuando le tuvo en la mano, después de haber mandado impedir la entrada á todo el mundo, hasta á la señora de Malclerc, se encontró en el silencio de su museo, entre los nobles objetos que habían sido testigos de su vida, de sus sueños, de sus penas, de su idolatría por aquella Antonieta de quien creyó saberlo todo — y no sabía esto! — y una lejana imagen se evocó de repente en su pensamiento. Se vió de nuevo en aquel salón, diez años antes, ante aquella vasta chimenea, teniendo también entre las manos un sobre y quemándolo con los papeles que contenía para obedecer á su amiga.

¡Con qué indignación rechazó entonces la sospecha de que se tratase de cartas de amor! A este recuerdo, una nube de profunda tristeza pasó por sus ojos y alivió la contracción de los rígidos rasgos de aquella fisonomía, á la que la magnificencia de sus sentimientos había impreso cierta belleza.

Después empezó á leer las páginas, vivientes para él hasta la alucinación, en las que Malclerc le revelaba al fin qué secretas dichas, qué audacias y qué ardores habían en otro tiempo ocultado á todo el mundo, y hasta á él, las pupilas impenetrables, la sonrisa pacífica y la misteriosa dulzura de la muerta.

IV

UNA CONFESIÓN

PRIMEROS FRAGMENTOS DEL DIARIO DE MALCLERC

I

Niza, 3 de diciembre de 1892.

Estábamos en «nuestra casa», en aquella casa que fué nuestro oculto asilo de amor durante trece meses, hace siete años, y en aquella época, poco antes de la muerte trágica cuyo aniversario es mañana. Caía la tarde, una tarde velada y gris de fin de noviembre, que llenaba de melancolía aquel piso de la avenida de Sajonia que yo había instalado, fuera de mi domicilio verdadero, para recibirla, y del que no he tenido valor para deshacerme después. Preciso es que aquella mujer haya penetrado en mi ser hasta una profundidad extraordinaria para que, después de siete años, la idea de arrancar aquellos tapices, de vender aquellos muebles, de desmantelar aquellas tres piezas, me produzca siempre esta impresión de una nueva muerte. Y me hace tanto daño entrar allí, que no voy ni seis veces al año...

Aquella noche no habíamos cerrado los postigos de la ventana que daba al estrecho jardín. No teníamos luz y solamente la llama de la chimenea luchaba contra la invasión del crepúsculo. Antonieta estaba sentada en una silla baja, cerca del fuego, y yo no veía de ella sino su perfil bañado en sombra. Tenía la cabeza apoyada en la mano, y su brazo surgía, blanco y desnudo, de la manga de aquella ligera túnica de seda malva que conservo con todos los objetos que le pertenecían. Cuando me atrevo á tocarla, vuelvo á encontrar en ella la forma de su cuerpo, sus movimientos, su gracia, todo lo que no existe ya...

La llama de la chimenea daba reflejos leonados á su cabellera rubia levantada sobre la nuca en un grueso retorcido, y Antonieta me hablaba, como lo hacía siempre en aquellas exquisitas entrevistas, con aquella voz que parecía salir de lo más profundo de su alma y que iba á herir en la mía una fibra de voluptuosidad y de ternura que nunca después ha vibrado. Era aquella una emoción dulce hasta el desmayo y penetrante hasta arrancar un grito. No le quedaba ni una semana de vida; y como si hubiera adivinado su fin próximo, me decía, parece que la oigo:

«Mi sueño sería morir así, á esta hora, el día en que me hubieras amado más y para siempre. No me queda mucho tiempo de ser bella, y quisiera desaparecer antes de mi primera arruga, antes de tu primer cansancio... Entonces estaría segura por completo de dejarte un recuerdo único, una huella que nada podría borrar de tu corazón... Tú tendrás otros amores — ¡no digas que no! — y puede que te cases. No puedo luchar contra tu vida. Te he conocido demasiado tarde, y aun cuando hubiera sido antes, tengo más

edad que tú y no debía casarme contigo... Pero quiero haberte amado tanto, tan profunda y tiernamente, que tu pobre Antonieta tenga siempre un rincón de pena en tu pecho... Así sería si me perdieras ahora... ¡Oh! ¡Déjame apoyar la cabeza en tu corazón! ¡No he sido dichosa más que en él!...»

Me atrajo hacia ella, y yo me puse de rodillas con su cabeza apoyada en mi pecho. No hablábamos y la noche había acabado de sumirlo todo en las sombras alrededor nuestro. La ventana dejaba llegar hasta nosotros el ruido de la vida, lejano y confuso. Yo respiraba el perfume de su cabellera, y un contagio de amor que emanaba de ella invadía hasta lo más íntimo de mi ser...

¡Oh dulce fantasma! Es cierto que me has amado mucho; es verdad que has marcado en mi corazón una huella que ya no puede borrarse; demasiado cierto que entre este corazón y las mujeres que he tratado de amar después de amarte, se ha deslizado siempre tu imagen para recordarme que no eran tú, que no las amaba como tú me habías hecho amarte... La prueba es que todos los años, cuando se aproxima ese fatal 4 de diciembre, los recuerdos que debían estar apaciguados, dominan de nuevo mi memoria.

La menor cosa los despierta; una comparación tan pueril como la de esta noche me ha hecho recordar con tanta fuerza á mi pobre Antonieta, sentada junto al fuego, al caer la tarde y hablando como ella hablaba. Me ha bastado encontrarme á las cinco de visita en casa de la joven condesa Osinine, que, sin embargo, me gustaba mucho, y que ésta se levantase de pronto para llamar, diciendo: «No hay momento que me disguste más que este del anochecer...» Sí, la condesa me gustaba por sus hermosos ojos negros en aquel cutis de camelia, por sus terquedades y sus coqueterías. Creo también que yo no le disgustaba. Es libre, y este sería un bonito empleo del invierno, pues pienso estarme hasta la primavera en la costa... Y su inocente frase ha bastado para volverme á arrojar entero, por contraste, en aquel pasado... tan pasado.

¡Ay! Debiera ser pasado; pero tan poco lo es, que dejé de repente el hotel Osinine para venir á encerrarme en este cuarto y entregarme á mis recuerdos.

Niza, 4 de diciembre.

He empleado este día de aniversario, como todos los 4 de diciembre desde hace diez años, en volver á leer las cartas que me quedan de ella.

Repetiría de memoria todas sus frases y me parece que siempre son nuevas... ¡Ah! ¡Con cuánta razón echo de menos ese pasado, y qué natural es que después no haya nunca vivido en el presente y tenga siempre esta horrible impresión de la decadencia, de un edén perdido, de un «yo» de otro tiempo, del que el actual no es más que una copia decolorada, una parodia!

¿Puede acaso producirse dos veces en la vida un encuentro como el nuestro? Si esos trece meses — ¡trece meses fugaces! — se han convertido en toda mi juventud, no es solamente porque Antonieta tenía el genio del amor y una magia de hada para encantar las menores cosas asociadas á su sentimiento; es también que yo había aportado á aquella gran artista en ternura, en mi alma de veinticinco años, un instrumento afinado para vibrar en armonía con ella, una sensibilidad pronta á estremecerse á su contacto. Yo era realmente el que ella esperaba.

Su cruel y brutal casamiento, aquellos largos días de reflexión interior, tantas penas no desahogadas y tantos sueños sin esperanza habían afinado más su corazón. Había en ella á la vez miedo y necesidad de emoción, delicadezas infinitas é impulsos casi desesperados hacia la dicha, un temblor ante la felicidad al fin poseída, un gran terror de perderla, un cuidado casi religioso de embellecerla, de profundizarla, de hacer con ella esa obra maestra de dos, que ahora yo solo debo recordar. Toda mi educación sentimental me había predestinado á aquella mujer que tanto supo amar. Me presenté á ella con ese corazón de hombre que ella no se atrevía ya á desear, joven y dócil, ardiente y manejable, al que ella enseñó á amarla como quería ser amada...

Esta es la evidencia que me ha anonadado hoy al

evocar de nuevo todos los detalles de nuestra novela común. Jamás, jamás encontraré nada semejante, porque no existe otra Antonieta y también porque yo no tengo ya mi corazón de entonces.

¡Qué loco era mi corazón en aquella época! ¡Cómo corría y cómo se precipitaba hacia el porvenir, con qué imprudente ardor, con qué avidez de vida! Hay seres que poseen innata la cordura de esperar su alma, que dejan brotar y crecer sus sentimientos como el jardinero las plantas, que aceptan su vida como las estaciones y no se adelantan á ellas. Pero hay otros cuya impaciencia de vivir se subleva contra la lentitud del tiempo, que quieren haberlo sentido todo en un momento y cuyas manos se tienden hacia los racimos antes de que estén maduros y hacia las flores antes de que se hayan abierto.

Yo era de este número. Desde la infancia el deseo había sido en mí una fuerza tan desencadenada y tan violenta, que agotaba por adelantado mi facultad de sentir. ¿De dónde me ha venido este frenesí de imaginación, esta intemperancia del capricho? No lo sé. ¿Cómo he adquirido, yo, crecido en una atmósfera de clase media provincial, esta incapacidad de constancia, este ardor exasperado que, en cuanto el mundo pasional se reveló á mi adolescencia, se convirtió exclusivamente en pasión amorosa? No lo sé. ¿Es la falta de religión y la atmósfera de impureza de los dos liceos en que crecí, y que arrebatándome la fe é iniciándome demasiado pronto en los desórdenes de los sentidos, me dejó desarmado contra la embriaguez de mi precoz imaginación? ¿Fueron los libros que leí en aquella época los que desarrollaron en mí el gusto apasionado de sentir? ¡Devoré tantos entonces de los más enfermizos, de esos en los que pareció que el escritor se ha desgarrado y despedazado el alma para aguzar en ella la vida!

¿Sería yo — lo he pensado muchas veces al ver que la vida física me ha disgustado siempre — un místico abortado? No teniendo Dios en quien creer, ¿no sería mi impulso febril hacia el amor una nostalgia de la piedad perdida? ¿Sería yo, sencillamente, un hijo de ese fin de siglo, venido en un momento de gran angustia pública, en el que no había en el aire ningún soplo de vasto entusiasmo, ni aparecía en el horizonte ninguna tierra prometida?..

¡Qué importan las causas! Lo cierto es que en cuanto empecé á conocerme, no concebí más que una dicha, no alimenté más que una ambición, no perseguí más que un ideal: amar y ser amado... ¡Amar y ser amado! ¡Cuántas veces me he repetido esas palabras entre los quince y los veinte años! ¡Qué infinito éxtasis me producían y qué loco terror de no llegar á realizarlas!

Siempre he sido un apasionado de la pasión, un enamorado del amor; la vida no ha sido para mí preciosa más que en ese sentido, que yo ponía por encima de todos los éxitos de carrera, de todas las ambiciones y de todos los deberes.

Todo el fervor sentimental de esa juventud se lo dediqué á Antonieta. ¿Podría hoy volver á encontrarlo? No, como tampoco encontraría la especie de audacia interior, la decisión casi desesperada que me produjeron tantos desencantos.

Desde mi salida del liceo hasta mi encuentro con ella, pasé el tiempo en vanos y estériles intentos. Hoy lo comprendo y un vago instinto me lo advertía entonces: esa pasión de la pasión, ese amor del amor, son las peores condiciones para llegar al verdadero amor y á la verdadera pasión. Existió, en el joven que quiere amar, una precipitación que le hace adherirse á la primer mujer que se presenta, á poco que se asemeje al ideal que él lleva consigo. En esa ocasión, el joven se esfuerza por experimentar los sentimientos cuyo deseo y cuyo designio anticipados flotan en él. No ama á aquella mujer; trata de amarla. Pero no tarda el instante en que esa ilusión voluntaria se disipa y en que el enamorado se convence de que no ha amado. Vuelve á empezar entonces con otra para recoger de nuevo la misma desilusión y, á veces, para correr así, de espejismo en espejismo, hasta el momento en que ya es tarde...

¡Ah! Esa miserable presunción del amor jamás alcanzado ha estado á punto de ser mi historia... ¡Lo era ya! Y quién sabe qué hubiera sido de mí si el azar — uno de esos azares de que se vale el destino — no me hubiera hecho ir, en aquel día de mayo de

1884 cuya azulada claridad veo todavía, á casa de la señora Saulnier, la amiga de mi familia, á la que visitaba yo una vez al año. La señora de Duvernay, que la conocía, iba á verla con la misma poca frecuencia. Aquel día estaba allí...

La vi, con aquella belleza tan suya, como amasada de gracia y de amargura, con aquella mirada tan acariciadora y tan discreta, aquella boca hecha para el amor y tan reservada, aquella delicadeza nerviosa de las manos, de los pies y de todo su ser, y comprendí que si debía experimentar por fin la emoción sagrada que tanto había soñado y que había perseguido en vano en tantas aventuras, sería por aquella mujer.

Desde aquel momento creí adivinar, por la expresión particular de sus ojos, que no era dichosa, lo que quería decir para mí que tampoco había amado. Y como si nuestros deseos verdaderamente profundos tuvieran á su servicio un don infalible y misterioso de segunda vista, estuve seguro de que si llegaba á hacerme conocer por ella, me amaría.

¡Hacerme conocer por ella! ¿Pero cómo? Es preciso tener los veinticinco años que yo tenía entonces para concebir el irracional, el increíble paso que aventuré al día siguiente de aquel encuentro; era preciso estar extraviado por aquella pasión de la pasión que me hacía temblar cuando pensaba que estaba en la flor de mi juventud, que esta juventud iba á pasar sin que yo hubiera amado y que arriesgaba el no conseguirlo nunca si dejaba pasar á la mujer predestinada el día en que la encontrase en mi camino.

Lo natural, lo sencillo, después de haber sido presentado á la señora de Duvernay, era tratar de ir á su casa, de hacerme admitir en su intimidad, de cortejarla, en fin. En lugar de esto, ¿qué fué lo que hice? Escribirle, ¡y qué carta!.. Como es natural, no me contestó... Pero yo le escribí otra nueva carta, y otra, y otra. Aquello era, no sólo la certeza de ser condenado por ella para siempre, sino exponerme una vez más á que abortase el sentimiento que su encuentro había empezado á despertar en mí. Al sobreexcitar mi corazón en aquellas páginas escritas á una mujer casi desconocida, corría el peligro de que, si el azar la ponía de nuevo á mi alcance, el desacuerdo entre mi exaltación imaginadora y su persona real me desencantase repentinamente.

Pero aquella mujer era Antonieta, toda bondad y toda belleza, toda inteligencia y toda gracia. Aquella mujer comprendió el hombre que había en aquellas cartas de niño. Oyó la llamada angustiada de mi juventud hacia la pasión. Y no tuvo más que querer para convertir mi amor imaginario en la más verdadera y más ardiente ternura...

¡Qué recuerdos! Acabo de suspender esta evocación. Toda esta entrada en mi paraíso se me representaba con demasiada fuerza. Volvía á vivir con demasiada fiebre todos los episodios: mi segunda visita á la excelente señora Saulnier, por la que supe que la señora de Duvernay había vuelto también, de seguro para saber algo de mí; y mis paradas en la esquina de su calle para verla salir. No tenía ya valor para presentarme en su casa. Volvía á verme en el momento en que, desesperando ya de acercarme jamás á ella, recibí su primera respuesta; y veía nuestra primera cita, y las sucesivas, en aquel lejano Jardín Botánico donde tanto nos hemos paseado, y el asilo de la avenida de Sajonia, y la dulce novela oculta de nuestra ternura. Oía su voz dictándome aquella voluntad de absoluta separación entre nuestra vida de amor y su vida de viuda y de madre, voluntad novelésca y loca en apariencia, como mis cartas, como nuestra mutua adivinación sin conocernos; voluntad tan prudente, sin embargo, que convirtió nuestro amor en esa obra maestra de ternura correspondida que ella había soñado, por haber tenido, ella la energía de imponerla, y yo la sumisión de obedecer. Antonieta decía:

«Cuando se ama hay que vivir juntos enteramente ó separados por completo. Prométeme que no tratarás nunca de cambiar las cosas, que no querrás ir á mi casa ni intervenir en mi otra vida. Perderíamos entonces toda nuestra dicha. Amándote, no quito nada á mi hija, ni te quito nada á ti amándola á ella, porque no conociendoos no podéis estar celosos... ¡Soy tan libre! Llámame y vendré. Cuando no quieras verme, no me llames. Quiero que vivas con libertad y que nuestro querido secreto te siga sin que represente para ti un deber, ni un fastidio, ni nada más que éxtasis y dulzura. Será como un palacio mágico que tendrás para refugiarte y que podrás hacer que surja y desaparezca á voluntad... Mi solo desquite contra la que te tenga siempre, será el haber sido para ti algo que nadie podrá ser jamás...»

Así hablaba, y yo le prometía, y yo le juraba respetar su voluntad. Durante aquellos trece meses no

la he encontrado ni una vez en sociedad ni me he presentado nunca en su casa. Hubiera sido natural que aquella insistencia en tenerme lejos de su vida habitual me envenenase con horribles sospechas. Pero no. Sabía que Antonieta era sincera hasta el fondo de su alma.

Y además yo no podía discutir el menor deseo suyo. Cuando estaba delante de mí, emanaba de ella un magnetismo que me obligaba á sentir como ella quería. Algunas veces, mirándome con aquellos ojos azules por los que pasaban las más íntimas energías, me decía: «Soy yo la que *he querido* que me ames... ¡Lo necesitaba tanto!..» Y era cierto que me hacía amarla como ella quería. Esa posesión de mi sensibilidad por la suya, tan profunda, tan total, nunca he podido desecharla por completo; y la siento en este instante hasta el punto de preguntarme si no está á mi lado, repitiéndome invisible: «Amame.»

Niza, 6 de diciembre.

¿Era un presentimiento aquella viva é intensa reproducción de unos recuerdos siempre tan presentes? Ayer y anteayer tomaron la fuerza de una obsesión. En los primeros años que siguieron á su muerte, estuve con frecuencia muy tentado de creer que un lazo de ultratumba seguía uniéndome con ella. El exceso de la pena produce esas ilusiones á las que nunca he cedido. Donde no hay nada ya, hay que tener el valor de decir: ya no hay nada. Pero los médicos más materialistas, ¿no admiten ese inexplicable fenómeno de la telepatía ó impresión á distancia?

Admitamos, pues, que la crisis aguda de memoria que me acometió al salir del hotel de la Osinine no tuvo sólo por causa la frase insignificante de la joven condesa, ni su aversión por el anochecer, ni la proximidad del triste aniversario, sino la llegada al hotel en que estaba alojado de alguien que me será imposible no asociar, en adelante, á la idea de la «pobre Antonieta...» Estábamos aquel día mi vecino de piso, Jacobo Breves, y yo, fumando y charlando en su cuarto, cuando vimos entrar á uno de nuestros camaradas del círculo Agrícola, el pequeño Renato de Montchal, que estaba instalado en Hyères con su madre.

— De allí vengo, respondió á nuestra pregunta, y volveré la semana que viene. Vengo á solazarme un poco; y después, Lucía Tardif puede disponer de unos días, mientras llega Abel Mosé... He visto vuestros nombres en la lista del escritorio y he subido á daros la mano. ¿Os estorbo?..

El joven Montchal sería bastante guapo muchacho, con sus facciones finas y su aire de raza; pero á los veintisiete años los desórdenes le han ajado físicamente, y en cuanto á lo moral, es de su tiempo, el tiempo de los sindicatos. Había subido, sobre todo, para hacernos saber, á nosotros, de más edad que él, que seguía teniendo su décima parte en los favores de una de las muchachas más solicitadas de París.

— Ya ve usted que no hay nada como Niza, le dijo aquel guasón de Jacobo. Ya se lo había á usted dicho... Cannes, San Rafael, Hyères, esas poblaciones honestas no son para un joven como usted...

— Olvida usted que estoy bajo la potestad materna, interrumpió Renato. Además, si no fuera por Lucía, emplearía el tiempo allí muy pasablemente. Hay una buena partida de *poker* en el círculo y algunas casas verdaderamente agradables...

Vi pasar por los ojos de Jacobo una cierta chispa que yo conocía bien y adiviné que iba á guasearse de nuestro hombre. Creo, entre nosotros, que no le perdona Lucía. Ha tenido también una historia con ella, muy corta y ya antigua, y esto explica que al ir á cumplir los cuarenta y cinco años no quiera muy bien á sus jóvenes sucesores. No le fué desagradable introducir la discordia en aquel seudo matrimonio — ó décima parte del seudo matrimonio, — pues los sindicatos no impiden los regaños. Ello fué que volviéndose hacia mí, me dijo con gravedad cómica:

— Esteban, mira bien á este joven. No le doy ni seis meses para hacer la gran pifia. Hablo del matrimonio.

— ¿Yo? ¡Qué idea!, exclamó Montchal. Un ligero rubor apareció en sus mejillas y el joven añadió:

— ¿Y Lucía?

— Último fulgor de celibato, replicó Breves; pero cuando se siguen las grandes tradiciones de Caderousse — una de sus bromas era dar á Renato el nombre de aquel célebre elegante — y se habla de matar el tiempo muy pasablemente en casas verdaderamente agradables, y sobre todo en este tono — había dicho eso imitándole, — se está maduro para casarse. Mirad, continuó, viendo un periódico encima de la

mesa, apuesto una comida en Monte Carlo, con Malclerc y Lucía, á que encuentro aquí el nombre de la futura de Montchal.

— ¡Bueno! Inténtelo usted..., dijo éste. Y Jacobo buscó en el periódico el epígrafe «Hyères» y empezó á leer una larga lista de señoras y de señoritas instaladas en los hoteles ó en las casas de campo. A cada nombre, el buen Montchal respondía, según el caso: «desconocida,» «joven» ó «vieja,» «no es mala» ó «espantosa,» hasta el momento en que el lector pronunció un nombre que me hizo interesar de repente en aquel cómico examen: «Condesa Muriel y familia. Hotel de los Cystos.»

— Cincuenta años, dijo Montchal. Me pareció que de nuevo un ligero color rojo aparecía en su cara.

— Sí, dijo Jacobo, pero ¿y la familia?
— Cuatro hijas y una sobrina.
— ¿Qué tal las hijas?
— Pueden pasar.
— ¿Y la sobrina?
— Muy linda.

También aquí hubo un poco de rubor, pero la voz siguió tranquila. Tan tranquila que Jacobo continuó su interrogatorio sin advertir nada, hasta que arrojó el papel diciendo:

— He perdido mi apuesta. ¿Cuándo queréis que comamos?

— Cuando queráis, dijo Montchal.
— ¿Por qué no esta tarde?, respondí á mi vez.
— Sea esta tarde, dijo el joven. Precisamente Lucía está libre.

— Te creía invitado por la señora Orsine, me dijo Jacobo cuando estuvimos solos.

— No tengo más que no ir, respondí. Otro día nos hubiera faltado Lucía y esa muchacha es agradable. Tú debes saber algo...

¿Cómo decir el verdadero motivo á aquel compañero de círculo que no conocía nada de mi vida secreta? Aquella confusión indefinible que había sorprendido en la cara de Montchal cuando se pronunció el nombre de la condesa Muriel, podía consistir en que pensase vagamente casarse con una de las hijas de aquella señora; pero también podía tratarse de la sobrina. Y tengo razones para creer que esta sobrina es la hija de Antonieta. Sé que la condesa es su cuñada y que Evelina le fué confiada á la muerte de su madre. Sé que esa niña vive y que debe tener veinte años. Nada más.

Mi ignorancia total sobre este punto era la consecuencia de la voluntad de Antonieta, de aquella separación que había exigido entre su vida de familia y su vida de amor. ¡Cuántas veces, después de su trágica muerte, había yo deseado ver á su hija, hablarle, conocerla y saber si se le parecía! Pero después, todo lo que fuera procurarlo me pareció que sería faltar á mi palabra, casi un sacrilegio hacia su memoria. ¡Cuántas veces he pensado en ese encuentro, debido al azar, para conciliar así mi escrúpulo y mi deseo! Evelina vive casi siempre fuera de París, si mis noticias son exactas, y yo he viajado tanto últimamente para tratar de distraer mi pena, que el encuentro no se ha realizado.

Y ahora, después de esta crisis aguda de recuerdos, la revelación repentina de que aquella niña estaba tan cerca de mí, me ha hecho sentir ese escalofrío supersticioso, ese sentimiento que yo, sin embargo, no acepto, de una comunicación sobrenatural entre la muerta y yo. Ante aquella vaga turbación de Renato, me asaltó la idea de que mi Antonieta había venido á mí el día anterior para pedirme que defendiera á su hija contra un matrimonio desastroso. ¡Qué ironía que aquella ilusión mística me condujese á comer aquella noche con aquel burlón de Jacobo y con el insignificante Renato, en un *restaurant* de Mónaco! ¿Cómo arreglarme para que Montchal me diga si aquella sobrina de la condesa Muriel es realmente Evelina Duvernay, sin que pueda siquiera sospechar que conozco ese nombre?

II

Hyères, 22 de diciembre.

... No he venido aquí sin remordimientos; pero ¿cómo conservarlos después de la emoción de hoy, que me há galvanizado el alma? Si Antonieta puede aún recibir alguna alegría en ese país del eterno olvido en que reside, ¿no será para ella de una extremada dulzura el ver hasta qué punto está viva para mí? Porque ha sido por ella, sólo por ella, por lo que he querido ver á su hija; es á ella á quien he vuelto á ver con una sorpresa profunda que no sé si me ha hecho bien ó mal, si aceptaré el renovarla ó la huiré para siempre...

Pongamos un poco en orden estos recuerdos, ya que he vuelto a coger mi diario y empezado de nuevo a contarme mi corazón a mí mismo. Hubiera sucumbido en ciertas épocas si no hubiera tenido este medio de engañar la horrible soledad, y estoy en una de esas épocas. ¿Por qué? A causa sin duda de la estación ó del reciente aniversario; á causa, sobre todo, de este corazón que no quiere ser razonable y todo, de este corazón que se complace en sufrir. A los veinticinco años tenía siquiera la excusa, en mis locas carreras años pos de la emoción, de que quería vivir. He vivido. Quería amar y ser amado. Lo conseguí. ¿Qué nuevo espasmo quiero buscar para este corazón envejecido?.. Pero me extravió otra vez. Anotemos los hechos.

Primer hecho que me ha decidido á dejar repentinamente Niza: el insoportable aburrimiento que me ha producido mi comienzo de aventura con la Osinine, en tal fecha... El haber hablado con Montchal varias veces y haberle hecho fácilmente hablar de Evelina Duvernay, bastó para recordarme el pasado con toda su fuerza, y aquellos amores me cansaron, por su vulgaridad, antes de haber empezado.

Segundo hecho: lo que Montchal me había dicho de sí mismo en diversas conversaciones y cierta frase suya que traducía bien su proyecto de un buen matrimonio y muy próximo. Aquel ironista Jacobo había visto bien cuando calificó la historia con Lucía de «último fulgor de celibato.»

El último día que pasó Montchal en Niza, le encontré cuando salía del círculo del Mediterráneo con aspecto de mal humor.

— Mañana me vuelvo á Hyères, me dijo; este viaje me ha salido caro...

— ¿Ha jugado usted?, le pregunté.

— He perdido quinientos lises desde la hora de comer, me respondió.

— ¿Y Lucía Tardif? le dije.

— Lucía es como el juego y como Niza; estoy hasta aquí... Cuando pienso, continuó — y bueno es advertir que había bebido dos ó tres *cocktails* de más para consolarse de su mala suerte, — cuando pienso que no dependería más que de mí el tener una casa encantadora y mucho, mucho dinero con una mujer tan distinguida como vulgar es Lucía... Porque la verdad es que esa sobrina de la condesa Muriel... si yo quisiera... Y creo que voy á querer...

Sí, esto fué lo que determinó mi viaje á Hyères. Una irresistible necesidad de saber lo que había de cierto en sus relaciones con Evelina y sus probabilidades de éxito, me hizo tomar el tren anoche, después de mucho vacilar, y aquí estoy.

He pasado parte de la noche de mi llegada asomado á la ventana de mi cuarto de hotel, mirando el horizonte que separa Hyères de la llanura del mar, los faros giratorios, allá, en las islas, las calles de palmeras alumbradas por la luna y la palpación de las estrellas. No podía dormir. El escrúpulo de faltar á mi antigua promesa luchaba de nuevo en mí contra la invasión de ese espejismo místico, contra esa loca ilusión de una influencia de ultratumba que me invitaba á preservar de una boda detestable á la hija de la muerta. ¡Como si yo pudiera influir en el destino de una joven para la cual no sería nunca más que un conocimiento de viaje! No. Sé muy bien que esto no era más que un sofisma, un pretexto. Si he venido á buscar á la hija de Antonieta, ha sido sencillamente por una irresistible curiosidad de saber si se parecía á su madre. Mi verdadero y profundo deseo ha sido procurarme una sensación de Antonieta por medio de aquella niña que le tocaba tan de cerca.

No sospechaba yo el choque que me preparaba á recibir. Sabía que tendría uno y le deseaba casi con un apetito físico. Por eso continuaba atormentándome el escrúpulo cuando esta mañana, después de averiguar la dirección de la condesa Muriel, me encaminé hacia el barrio de Costebelle, donde me habían dicho que estaba la quinta de los Cystos.

Hay que andar media hora para llegar á aquella colina poblada de pinos de Alep y dominada por el blanco campanario de una iglesia dedicada á una Nuestra Señora del Consuelo. De trecho en trecho, á lo largo del camino, hay unas imágenes, que la piedad de las mujeres adorna de flores siempre frescas y que marcan las etapas de una peregrinación. En la disposición de espíritu en que yo me encontraba, aquel gracioso símbolo me enterneció como una simpatía. ¿No era una peregrinación de amor la que yo estaba cumpliendo, no con la fe de los fieles de la blanca iglesia, sino con la única piedad del incrédulo, que es la religión de la muerte y del recuerdo?

La casualidad hizo que fuese aquella una de esas mañanas de la Provenza, al mismo tiempo claras y crudas, de sol acariciador y brisa un poco áspera,

que excitaban y vivificaban. ¡Y qué paisaje alrededor! De un lado el llano por donde yo venía, con la ciudad en perspectiva pegada contra la roca y coronada por las ruinas de su castillo; más lejos, el mar, sembrado de grandes barcos, azul y encerrado en el círculo de Giens, de Porquerolles, de Port-Cros y la costa. Delante de mí un camino bordeado de rosales entre unos campos de violetas, de viñas y de olivares. A la izquierda el campanario de la capilla. A la derecha, por una depresión de la colina, la abrupta silueta de las montañas de Tolón, y sobre todo esto el radiante azul del cielo del Mediodía, esa luz divina que impregna de belleza hasta á las cabañas de los hortelanos esparcidas por la llanura.

Subía yo lentamente, mirando aquel horizonte, respirando el saludable olor de los pinos y pensando en Antonieta y en aquella niña desconocida que le sobrevivía hasta el momento en que estas dos palabras «Los Cystos» repetida en dos pilares de piedra en los cuales se enredaban inmensos geranios, me obligaron á detenerme con el corazón algo conmovido. Había llegado. Aquellos pilares servían de sostenes á las hojas de una verja, al través de cuyos barrotes distinguí una terraza llena de plantas tropicales: jubeas de anchas y esbeltas palmas, yucas erizadas de hojas dentadas, agaves enormes, bosquecillos de mandarineros, cuyos dorados frutos brillaban entre el sombrío follaje, pendientes cubiertas de césped con grupos de anémonas y linderos plantados de narcisos y de fresales. El aroma un tanto azucarado de esas flores llegaba hasta mí mezclado con el perfume de violetas invisibles que debían crecer por allí cerca. Y en el fondo acurrucábase la casa, pintada de rosa y cubierta también de geranios trepadores hasta el primer piso. Era un edificio sencillo, más ancho que alto, con un mirador á la italiana en el extremo de cada ala, detrás del cual se alzaba la colina casi cortada á pico. Era evidente que aquel admirable jardín con sus hermosos arbustos exóticos había sido conquistado sobre el primitivo bosque, porque estaba encerrado á ambos lados por macizos de esos mismos pinos de Alep, entre cuyas hojas susurra el viento produciendo ese rumor tan parecido al del mar oído á distancia.

No había oído hablar de aquella casa ni la había visto pintada, y me pareció que *la reconocía*: hasta tal punto era el asilo que yo hubiera soñado en otro tiempo para refugiarme con Antonieta; de tal modo el aspecto de las cosas hablaba allí de paz en la soledad y en la luz; tanto era aquél el retiro apetecido para no vivir más que para el sentimiento.

Una tapia de la altura de un hombre rodeaba el jardín. Después de haber pasado largo tiempo mirando aquella casa ideal, me puse á recorrer la tapia sin otra intención que la de dar un objeto á mi paseo. Cuando llegué á la parte alta, observé que para dejar ver las perspectivas del bosque la tapia era más baja y se terminaba por encima en una balaustrada. Me senté en una piedra del camino, bajo los pinos y entre los lentiscos, los romerales y los cistos, planta cuyo olor no se olvida una vez percibido y que Napoleón pretendía reconocer en el aire del mar en las cercanías de la Córcega. Yo le asociaré ya siempre á la aparición que vine á sorprenderme en aquella soledad en que me dejaba embriagar por mis recuerdos y por la naturaleza, sin pensar ya en la curiosidad, mezclada de remordimientos y de esperanzas, que me había llevado á Costebelle.

Estaba yo, pues, sumido en aquella somnolencia indeterminada y como dispersa en la dulzura de las cosas, cuando un ruido de voces por encima de la tapia me volvió á la realidad de mi situación. Unos paseantes se aproximaban por el jardín, entre los cuales era posible que se encontrase Evelina Duvernay. Anté esa idea, me levanté y me fuí al extremo del camino opuesto al sitio en que se oían las voces, á fin de volver sobre mis pasos y encontrar de frente á los que paseaban. Mi cálculo resultó bien, y cuando pasé por la tapia lentamente y como distraído, vi á través de los balaustres un grupo compuesto de tres mujeres: una de edad, gruesa y encarnada, que supe después que era la condesa; otra muy joven y muy insignificante, y otra... Con un sombrero de jardín que servía de marco á su deliciosa cara, vi venir á Antonieta, una Antonieta más joven, más risueña, con las mejillas más llenas, y sobre todo, con un aire de juventud y de alegría infantil que no había conocido en la otra... Pero aquellas eran sus facciones, su boca, su corte de cara, sus cabellos, su silueta, su modo de andar, y sobre todo, su mirada, salvo que los otros ojos, los de la muerta, habían tenido siempre para mí la caricia y la llama del amor y los ojos azules de la viva no me conocían. Era yo para ellos un viajero indiferente, como los que pasaban á cientos todos los días por aquel camino y á lo largo de aquella tapia.

Las tres mujeres se alejaron hablando, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario en aquel sitio y entre aquellos pinos, debajo de los cuales acababa yo de asistir al milagro de mi amante resucitada, de mi juventud libertada de la tumba, del irreparable pasado reproducido por el sortilegio alucinador de una semejanza...

Cuando volví á encontrarme solo en aquel camino, el cielo seguía límpido como antes, los romeros y los cistos despedían el mismo perfume; los pinos de Alep tenían la misma sonoridad y el mismo misterio con su mezcla de hojas oscuras y de ramas grises; la quinta de los Cystos dormía con el mismo sueño apacible en medio de sus agaves y de sus flores; las islas, en el horizonte, elevaban sus mismas rocas grandiosas sobre el mismo mar azul; Hyères, allí á lo lejos, desplegaba con la misma gracia las hileras de sus casas al pie de su viejo castillo.

¡Aquel parecido entre la madre y la hija que no me había permitido dudar un momento sobre la identidad de Evelina, me había hecho de nuevo tan angustiada, tan real, mi viudez sentimental y mi gran miseria! No sé quién ha comparado estas semejanzas entre dos seres, de los cuales el uno nos ha amado y el otro no nos ama, con el pájaro burlón que vuela delante de los cazadores de rama en rama, silbando el canto de otro pájaro que aquellos cazadores acechan y que no es él.

Apoderóse de mí una intensa melancolía que en buena lógica hubiera debido decidirme á tomar el tren para Niza y á refugiarme en aquel saloncillo de la Osinine, la cual me habría recibido con sus coquetuerías habituales que me dejaban tan frío, pero que al menos no tenían nada de común con la indescriptible dicha poseída unos meses y llorada siete años.

Pues bien, no. No parece sino que ciertos sufrimientos tienen un atractivo irresistible para un corazón que envejece. Su mayor desdicha no es echar sangre, sino estar paralizado. La prueba es que apenas vuelto á Hyères, mi primer cuidado fué consultar, no el indicador de los ferrocarriles, sino la lista de los invernantes, como Jacobo el otro día, é inmediatamente después de almorzar, me fuí á ver á Renato de Montchal.

¿Qué iba á pedirle? No lo sabía; pero estaba cierto, por lo que había oído en Niza, de que se aburría enormemente en compañía de su madre. Era, pues, seguro que me acogería muy bien, acaso demasiado, y que me ofrecería presentarme en aquellas casas que él calificaba de pasablemente agradables. La señora condesa de Muriel figuraría de seguro en ese número. Como pretexto de mi llegada diría que había querido buscar un clima menos excitante que el de Niza.

Todo sucedió tal como había previsto. A los cinco minutos, y después de las inevitables exclamaciones de asombro, Renato me había ya propuesto llevarme á dar un paseo por la playa, y á la vuelta, ir á tomar el te en casa de los Vertobanne.

— Son las personas del país, me dijo, que reciben más. Tienen un hotel bastante curioso en la parte baja de la ciudad y un tesoro de admirables muebles provenzales. Cuando la revolución, tuvieron la suerte de no ser víctimas del pillaje. Allí verá usted toda la buena sociedad de aquí; unas quince familias todo lo más. Mi madre, que está lejos de ser modernista, dice que es aquella muy buena compañía... A mí me gusta más la mala... Pero cuando le acaban á uno de desplumar... Amigo Esteban; no me denuncie usted á Breves... Allí puede que esté la pequeña Duvernay, de la que le he hablado, con la que quieren casarme. Ya me dirá usted lo que le parece...

Aquella nueva alusión me probó que Jacobo no se había engañado respecto á los proyectos matrimoniales del amigo de Lucía Tardif, ni yo en cuanto á la persona amenazada por esos proyectos. Al oír aquellas palabras dichas con afectada indiferencia: «la pequeña Duvernay» volví á sentir el escalofrío que se apoderó de mí en Niza ante la perspectiva de una unión entre aquel insignificante muchacho y la hija de mi Antonieta. Y ahora que tenía ante los ojos la silueta de Evelina, tal matrimonio me parecía aún más detestable.

¿Pero era aquello posible? Mil veces me planteé esta pregunta durante el tiempo que empleamos en llegar á la playa y después á las salinas y á uno de los promontorios en que termina la península de Giens, enfrente de Porquerolles, y que se llama la *Tour-Fondue*. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba yo de aquel risueño horizonte, de aquel cielo azul y de aquel pacífico mar! «Sí, pensaba; todos los matrimonios son posibles. ¿No se casó Antonieta con aquel Duvernay que tanto le hizo sufrir?»

(Continuará)

BRONCES ARTÍSTICOS

DE ALBERTO REIMANN

El autor de los broncees artísticos que en esta página reproducimos, joven escultor y modelador alemán, nació en Gnesen y fué alumno de la Escuela



TOCADORA DE LAÚD, estatua de bronce de A. Reimann, de Berlín (del «Deutsche Kunst und Decoration» de Alejandro Kock, Darmstadt, Alemania.)

del Real Museo de Artes é Industrias de Berlín, en donde trabaja actualmente. Dedicase á la escultura en madera y mármol, á la fundición de bronce, plata, estaño y hierro y á la fabricación de vidrios, porcelanas y mayólicas.

En todas sus obras preside el pensamiento de que los objetos de uso doméstico, aquellos que constantemente hemos de tener ante nuestra vista, han de estar hechos de manera que agraden sin deslumbrar, y que, á medida que se contemplan más íntimamente, descubran la poesía que encierran. Han de ser, en una palabra, objetos que á su utilidad práctica reúnan los encantos estéticos del arte.

Al propio tiempo imprime en cada una de sus obras el carácter que según su destino y su colocación le corresponde; así las que han de estar colocadas á cierta altura tienen algo de monumental, al paso que las manuales ofrecen un sello marcado de delicadeza y poesía.

Los productos cerámicos con aplicaciones galvanoplásticas de plata que Reimann fabrica son por su originalidad eminentemente decorativos dentro del gusto moderno. Para estos objetos tiene un procedimiento especial, por el cual los adornos de plata se adhieren sólidamente al material en que se ponen, sea vidrio, porcelana, mayólica, marfil, etc. — X.

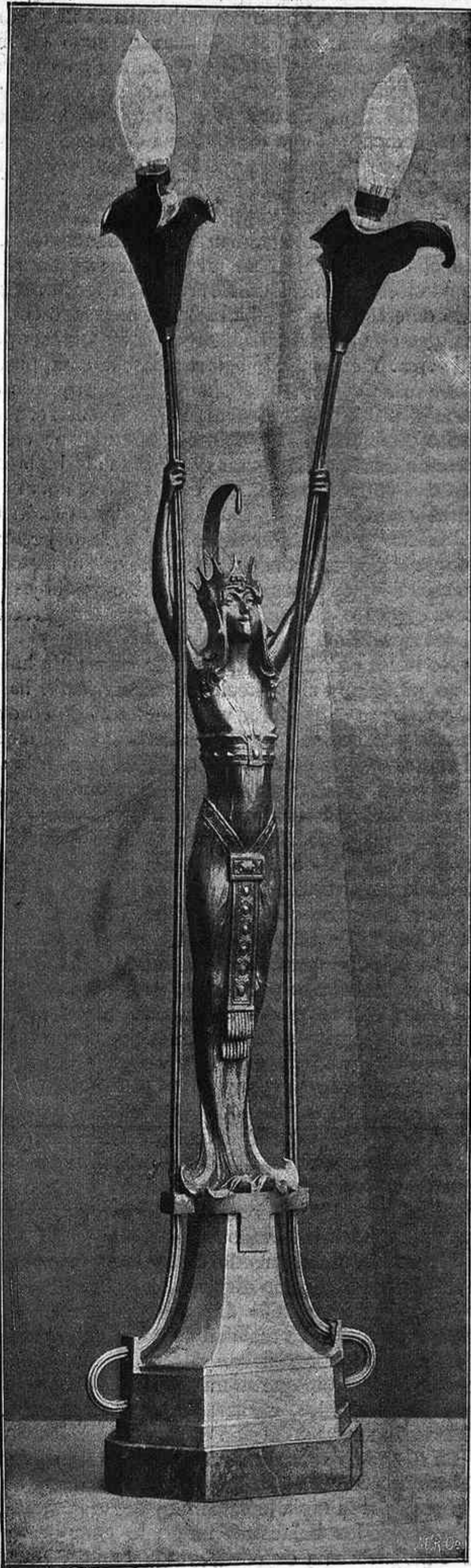
LA SUERTE DEL EXPLORADOR ANDRÉE

Desde hace mucho tiempo parece que no puede contarse con el regreso de Andrée, el explorador del Polo, y cada día las esperanzas disminuyen.

Varias boyas por él arrojadas en diferentes sitios

han proporcionado algunas indicaciones acerca de la marcha del globo, y las últimas que se han encontrado no son muy á propósito para tranquilizarnos respecto de la situación del aeronauta. Después de haber obedecido á débiles corrientes, el globo se encontró en una calma completa, y lo que es más grave, para aligerar el aerostato fué preciso desprenderse de una de las boyas principales que los expedicionarios llevaban, precisamente de la que había de colocarse en el punto exacto del polo una vez alcanzado éste. Evidentemente el explorador llegó muy cerca de la meta, pero en esto estribaba cabalmente el mayor peligro.

Como he tenido ocasión de hacer constar en otra parte, el aire, en el polo, debe de hallarse en un estado de reposo casi completo, debido esto á la extrema lentitud del movimiento de rotación en aquel



LÁMPARA DE BRONCE, obra de A. Reimann, de Berlín (del «Deutsche Kunst und Decoration» de Alejandro Kock, Darmstadt, Alemania)

punto y á la rareza y á la escasísima importancia de los aflujos ecuatoriales que hasta allí llegan. Además, la capa atmosférica ha de ser necesariamente muy delgada en el sitio en donde el globo ha experimentado su aplastamiento, lo cual es otro efecto de la rotación, que rechaza tanto más las masas de aire hacia el ecuador cuanto mayor rapidez adquiere el movimiento. Llegado á ese medio, es de temer que el globo no sólo no haya podido, por falta de corrientes, alejarse de él, sino que además por falta de

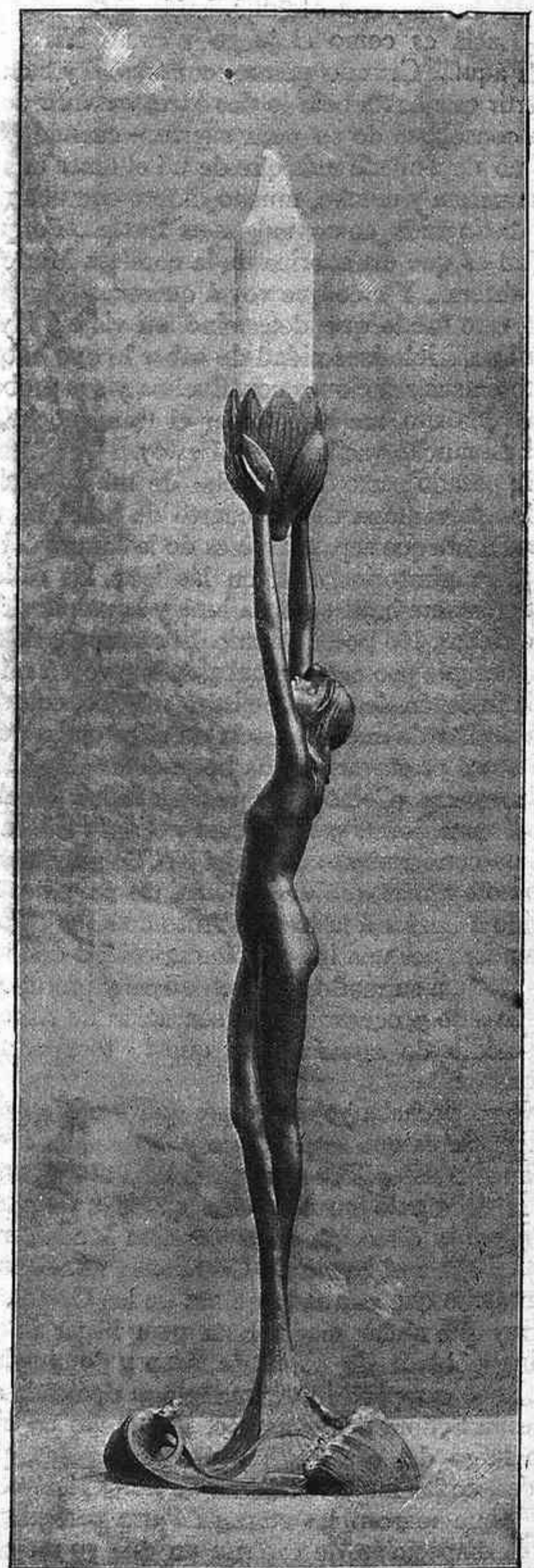
aire, ó no pudiendo moverse sino en un aire rarificado, le haya sido difícil, si no imposible, sostenerse. En esta hipótesis es indudable que los infelices aeronautas permanieron aprisionados en aquella zona polar, en donde debieron encontrar una muerte tanto más rápida cuanto que estuvieron expuestos á un frío más intenso.

Quizás otras boyas nos facilitarán nuevos datos; pero si cayeron sobre los hielos de un suelo firme, podrán permanecer allí eternamente lo mismo que el globo y sus desgraciados tripulantes. En cuanto á la boya polar, difícilmente puede admitirse que haya podido servir para el objeto á que estaba destinada y que haya sido arrastrada por alguna corriente marítima. Si hubiera sido arrojada en el polo, de fijo contendría alguna indicación que consignase este hecho, cosa que no se ha encontrado en ella; de suerte que es seguro que sería utilizada como lastre.

Antes de su partida, Andrée había hecho testamento, prohibiendo que se abriera antes de 1.º de enero de 1901. Cumpliendo la voluntad del testador, el documento fué abierto en 6 de enero último en Estokolmo, ante el notario Hartius y á petición de la hermana de Andrée. El testamento empieza del modo siguiente:

«El testamento que hoy escribo es probablemente el último que escribiré, y por consiguiente el válido. Lo extiendo la noche antes de mi partida para un viaje que estará rodeado de peligros que la ciencia actual no permite calcular; tengo el presentimiento de que este terrible viaje significa para mí la entrada en la muerte.»

Siguen después las disposiciones testamentarias por las que distribuye su fortuna líquida, compuesta de algunos millares de coronas, entre su hermano y su hermana, y lega al primero su rica biblioteca, que



LÁMPARA DE BRONCE, obra de A. Reimann, de Berlín (del «Deutsche Kunst und Decoration» de Alejandro Kock, Darmstadt, Alemania)

contiene obras científicas de gran valor, con la condición de que cree con ella una biblioteca popular.

J. PEROCHE.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ÚLTIMO PATRIOTA, por José Nogales y Nogales. — Un segundo libro del celebrado novelista andaluz Sr. Nogales acaba de publicar la casa Maucci de esta ciudad, y no es aventurado asegurar á éste tan buen éxito como al primero, la preciosa novela *Mariquita León*, de la que recientemente nos hemos ocupado. La acción de *El último patriota* se desarrolla en una ocupada ciudad española durante nuestra lucha con los Estados Unidos, y en ella se refleja ese algo de grandeza que en su seno lleva nuestro pueblo aun en medio de su desgracia y decadencia. Por este espíritu que entraña, por el estilo de sátira culta en que está escrita y por el interés de la narración, la novela del Sr. Nogales es una nueva prueba del talento de su autor, que en poco tiempo se ha conquistado uno de los primeros puestos entre nuestros escritores contemporáneos. *El último patriota* forma un tomo de 270 páginas con una bonita portada y se vende á una peseta.

LEYENDAS DE D. JOSÉ ZORRILLA. — La casa Manuel P. Delgado, de Madrid, ha comenzado la publicación de una edición de gran lujo de las *Leyendas* de D. José Zorrilla. Nada hemos de decir acerca del inmenso valor literario de las composiciones que forman esta colección, pues se trata del más grande de nuestros poetas nacionales modernos, cuyo nombre es universalmente conocido, y de un género de obras en el que no ha tenido rival el incomparable vate: únicamente diremos

que constituirán la colección que nos ocupa *El capitán Montoya*; *A buen juez, mejor testigo*; *Las dos Rosas*; *Para verdades, el tiempo*, y *para justicias, Dios*; *Honra y vida que se pierden*, *no se cobran más*, *se vengán*; *La sorpresa de Zahara*; *Príncipe y Rey*; *El Escultor y el Duque*. En cuanto á las condiciones materiales de esta edición, cuanto en alabanza de ellas se diga es poco: las ilustraciones que adornan profusamente cada una de las leyendas se componen de láminas en color, fotográficas, grabados en cobre y litografías, siendo los originales obra de artistas tan reputados como José Jiménez Aranda, Luis Menéndez Pidal, Cecilio Pla, Emilio Sala, Enrique Simonet, Joaquín Sorolla, Marcelino Unceta y Daniel Urrabieta Vierge; el papel es *couché*, y la impresión en grandes y elegantes caracteres. En una palabra, esta publicación, dedicada á S. M. el rey D. Alfonso XIII, dirigida por D. José Ramón Mélida y con un prólogo de D. Jacinto Octavio Picón, constituirá un verdadero monumento literario, y no dudamos de que será uno de los éxitos editoriales más grandes y más merecidos de nuestros tiempos. La obra formará dos volúmenes de más de 200 páginas cada uno, de tamaño gran folio; cada volumen contendrá cuatro leyendas con más de treinta láminas sueltas y varias intercaladas en el texto, aparte de multitud de cabeceras, orlas, finales y letras de adorno. La publicación se hará por cuadernos quincenales, en número de diez para cada volumen, al precio de cinco pesetas uno. Se suscribe á esta obra en casa del editor (Columela, 11, pral) y en las principales librerías de Madrid y provincias.

MARÍA. ALABANZAS Y AFECTOS, por Luis C. Viada y Lluch. — Las poesías que contiene este libro, originales las más y

traducciones algunas de composiciones de Verdaguer, Manzonni, Bocceacci y Minzoni, caracterizanse todas ellas por un sentimiento de piedad y amor profundo á la Virgen María; tienen verdadero sabor místico y se hallan inspiradas en la fe más intensa y en el espíritu religioso más sincero. Aparte de estas cualidades de fondo, las poesías, escritas en diferentes metros, están perfectamente versificadas, en lenguaje fluido y castizo, y abundan en bellísimos y delicados pensamientos. El tomo, que ha merecido la aprobación eclesiástica, ha sido editado en Barcelona por La Hormiga de Oro.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica en España, revista mensual barcelonesa; *La Opinión Postal y Telegráfica*, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *Boletín de la Tarjeta Postal Ilustrada*, revista mensual barcelonesa; *Revista financiera de Cataluña*, semanario barcelonés; *Europa y América*, semanario mercantil barcelonés; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *La patria de Cervantes*, revista literaria ilustrada que se publica mensualmente en Madrid; *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *Gaceta Financiera*, revista mensual madrileña; *El Mundo Latino*, semanario intercontinental que se publica en Madrid; *Idarium*, revista de Literatura, Artes y Actualidades que se publica quincenalmente en Granada; *La Atlántida*, semanario ilustrado de Las Palmas; *La Provincia*, semanario literario de Guadalajara; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *El Telegrafo*, diario político de Guayaquil.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 93, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE RIM BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
FACILITA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DEL YBARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pidase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Laetato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

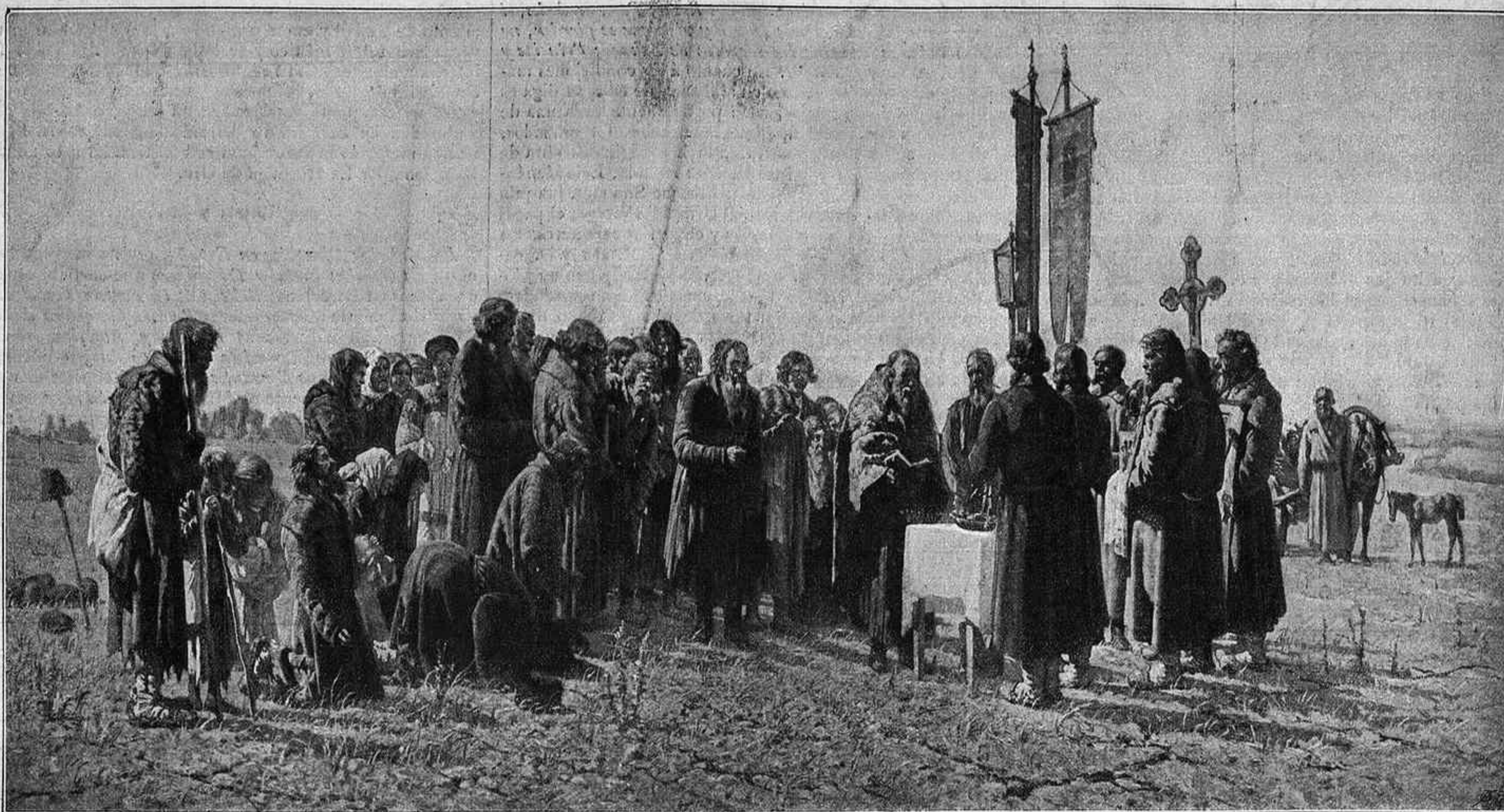
Argotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO al mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los Elujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



MISA EN EL CAMPO EN RUSIA, cuadro de Gregorio Miasoiedof.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la omisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO NOURRY

ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

ROB' BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

KANANGA-OSAKA
V. RIGAUD
8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA

de deliciosa frescura conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN